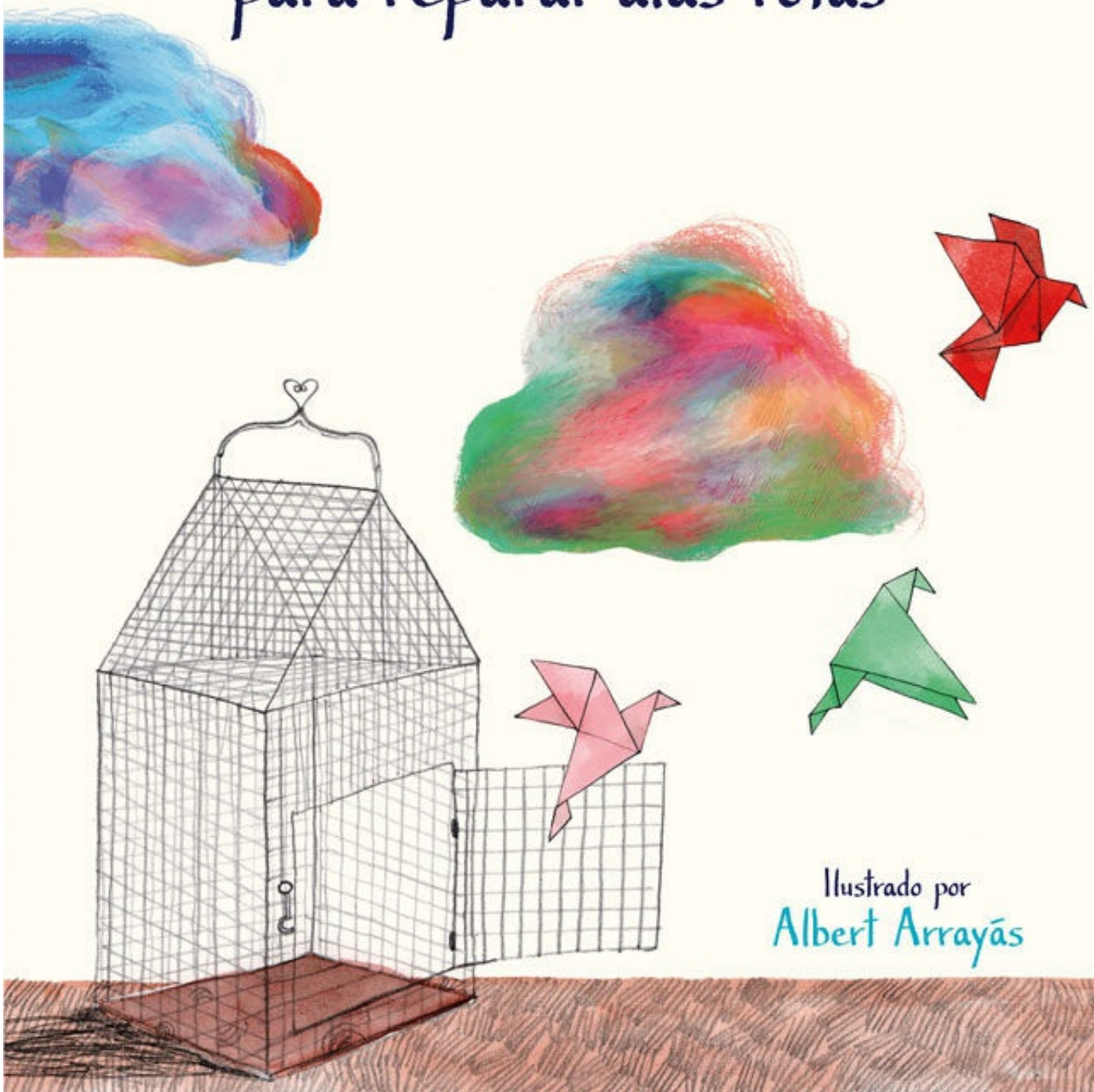
Nekane González y Virginia Gonzalo

Cuentos
para reparar alas rotas



Ilustrado por
Albert Arrayás

NUBE DE TINTA

VIRGINIA GONZALO
NEKANE GONZÁLEZ

Cuentos para reparar alas rotas

Ilustraciones de **Alberto Arrayás**

NUBE **DE TINTA**

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@nubedetinta

@nubedetinta

@somosinfinitoslibros

Penguin Random House Grupo Editorial

Vivir nuestro propio vuelo
embellece nuestras alas.

Siempre.

Del mismo modo que ocurre con las heridas físicas, a menudo, estamos expuestos a sufrir heridas emocionales.
Mientras que a unas les dedicamos un exhaustivo cuidado para un correcto proceso de cicatrización, con las otras dejamos la recuperación en manos del tiempo o del destino.

Si les dedicáramos algo más de paciencia, cariño y comprensión, esas heridas del corazón apenas dejarían una pequeña cicatriz, que nos recordaría las batallas que hemos librado, los obstáculos que hemos sorteado y toda la valentía que cabe en nuestro interior.

PRÓLOGO

Cuando haces lo que los demás desean no necesitas alas, tan solo has de seguir sin rechistar el camino marcado. Un camino en el que siempre hay que sonreír, en el que no hay espacio para la tristeza o la frustración, en el que te está prohibido quejarte, mostrar alguna duda, hablar de tu oscuridad o tus miedos. Un camino que, de ser transitado durante mucho tiempo, acaba por llevarte a un callejón sin salida. Ese en el que explotas porque no puedes más.

Las personas no sabemos que tenemos alas hasta que intentamos dejar ese camino, hasta que queremos cuestionarnos las cosas, rebelarnos frente a lo establecido, ser libres, pero muchas veces cuando nos damos cuenta ya es tarde porque descubrimos que nuestras alas están rotas. No dejamos de culparnos o juzgarnos, solo sabemos complacer, no sabemos quiénes somos, no sabemos qué queremos, no sabemos qué nos gusta realmente y, cuando intentamos alzar el vuelo, nos damos de bruces de nuevo con el camino a seguir.

Este es un libro para recuperarnos de todo aquello que los demás esperaban que fuéramos y que, sin embargo, no éramos. Porque este libro no escurre el bulto, sino que le habla directamente a esa grandísima certeza que nos empeñamos una y otra vez en ocultar: en algún momento nos vamos a romper. Y qué importante será que en ese momento contemos con herramientas, con historias y narraciones, para que podamos volver a reconstruirnos sin herirnos.

Ojalá cuando yo me rompí la primera vez me hubieran contado estos cuentos porque todo hubiera sido mucho más fácil y menos doloroso. Porque estas páginas que han escrito Nekane y Virginia son un medio para luchar contra nuestra soledad y nuestra locura. Una forma de hacernos sentir bien, a pesar de todo lo malo.

Ojalá me hubieran dicho que había gente que iba a quererme tal cual era.

Ojalá me hubieran hecho saber que podía permitirme sentir aquello que sentía.

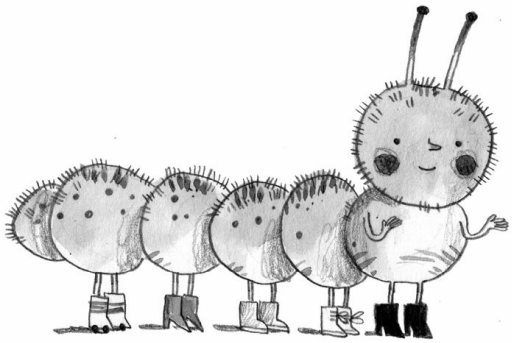
Ojalá me hubieran hablado de que todos los finales son felices cuando no mueres.

Ojalá alguien me hubiera regalado este libro y me hubiera dicho que a las sombras no se las evita, se las mira de frente y se las abraza por lo que son.

Porque entonces no hubiera olvidado tan pronto y con tanta facilidad.

Que podía volar.

ROY GALÁN



LECCIONES DE VUELO

Todas esperaban con entusiasmo la llegada de aquel día: la emocionante transformación que las llevaría a convertirse en mariposas adultas. Rosa, en particular, no cabía en sí misma. El momento más bonito de su vida se acercaba y su familia se había preparado para la ocasión: iba a emerger de la crisálida y volaría por primera vez.

Como de costumbre, todo estaba organizado para la fiesta. A través del musgo verde que rodeaba la zona, unas luces diminutas indicaban el camino desde la entrada hacia la base del majestuoso roble, donde tendría lugar el gran acontecimiento. De algunas de las flores colgaban farolillos adornando la escena y se podía apreciar en el ambiente el olor a primavera. Algunas de las mariposas adultas servían a los invitados el néctar de las flores más deliciosas para amenizar la celebración.

Ente risas, nervios y expectación, llegó el ansiado momento.

La metamorfosis de las mariposas comenzó desde sus respectivas crisálidas. Se hizo un gran silencio mientras todas miraban con curiosidad y admiración las suaves alas que empezaban a moverse con lentitud y fragilidad. Poco a poco, se desplegaban con más decisión mientras trataban de luchar por adaptarse a la nueva situación. Todas las allí presentes sabían que era cuestión de segundos ver las alas en movimiento y disfrutar del

primer vuelo de aquellas bonitas mariposas.

Sin embargo, los minutos pasaban y los movimientos de Rosa se hacían de rogar: eran lentos, torpes y sin control. En su cara podía verse reflejada la angustia del momento y, asustada, empezó a buscar entre la gente la cómplice mirada de su abuela, que, con un leve gesto de cabeza, le indicó que tuviera paciencia. Pero el tiempo seguía pasando y Rosa continuaba sin poder alzar su vuelo. Se esforzaba en desplegar sus delicadas alas, pero estas continuaban paralizadas.

Mirando a su alrededor, presa del pánico, comenzó a imitar de manera desesperada los movimientos de sus amigas, cogiendo incluso mayor impulso que ellas. Sin embargo, sus esfuerzos eran en vano: Rosa no podía volar.

El cuchicheo entre todas las mariposas allí reunidas no se hizo esperar.

—Nunca lo va a conseguir —murmuraba una de ellas.

—¡Pobrecita! —lamentaban algunas.

—¿Una mariposa que no vuela? ¡Una deshonra para la especie! —comentaba otra, indignada.

Entre el cansancio y los comentarios que se escuchaban de fondo, Rosa empezó a encogerse de hombros y a envolverse con sus propias alas mientras lloraba desconsolada su profunda decepción.

Tanto sus familiares como algunos de los invitados, comenzaron a acercarse poco a poco a Rosa para intentar ayudarla.

De pronto, Manuela, la mariposa más vieja del lugar, se abrió paso entre la multitud y se acercó lentamente para escuchar sus sollozos.

—¡Ay! ¡Qué será de mí! Toda la vida esperando este momento y ahora… ¡No sé qué hacer! ¡No puedo volar!

—Tranquila, querida Rosa, ahora es momento de aprender —dijo con ternura la sabia mariposa.

—¡No! Todos dicen que las mariposas nacemos sabiendo volar. Todas lo han conseguido menos yo. Todos esperaban verme alzar el vuelo y no he podido… ¡Les he

decepcionado!

Cuanto más hablaba sobre lo ocurrido, con más desconsuelo lloraba.

—Querida, eso que dices es una leyenda del bosque… ¡Pero no es cierta!

Tras una breve pausa, Manuela continuó:

—A veces, hay situaciones en las que solo necesitamos invertir un poco de tiempo para poder volar; otras, en cambio, es necesario partir de cero para aprender a hacerlo. ¡Nacer mariposa no te hace una experta en vuelo!

Rosa escuchaba con atención aquello que la mariposa le iba contando y le preguntó en voz baja:

—¿Qué puedo hacer ahora?

—¡No hay tiempo que perder, Rosa! —respondió la mariposa sabia—. Irás a la Escuela de las Mariposas.

Sin ofrecerle apenas tiempo para responder, la mariposa sabia ayudó a Rosa a levantarse de entre el musgo y pusieron rumbo a la escuela.

—¿Sabes? Nunca escuché hablar de la Escuela de las Mariposas.

—Solo nos fijamos en aquellas mariposas que, sin apenas esfuerzo, hacen lo que se supone que deben hacer.

—¿Quieres decir que no soy la única que no ha conseguido volar?

—¡Claro que no eres la única, Rosa! —respondió con una carcajada—. No todas las mariposas desarrollan de forma natural las habilidades para volar. Algunas necesitan ayuda y tú has conseguido lo más difícil de todo: aceptar que no sabes volar. ¡A partir de ahora, solo queda aprender a hacerlo!

Rosa estaba tan entretenida conversando con Manuela que, sin apenas darse cuenta, se adentraron en un precioso lugar: un jardín secreto rodeado de bambús, flores blancas y un pequeño y tranquilo lago. En la orilla de este, un gran nenúfar anunciaba que habían llegado a la Escuela de las Mariposas.

De un salto, ambas tomaron asiento sobre una de sus hojas y desde allí, comenzaron a leer el manual *Lecciones de vuelo*.

LECCIÓN 1. Coger impulso

Desea con todas tus fuerzas aquello que quieres conseguir.

Pon toda tu atención y energía en ello.

A Rosa le resultó extraño y divertido a la vez. ¡Era tan obvio! Sin embargo, no quería perderse ninguno de los pasos del manual. Cerró muy fuerte los ojos, respiró profundamente e imaginó que sus alas se desplegaban y podía volar.

LECCIÓN 2. No mires atrás

Habrá personas que te dirán que no puedes conseguirlo, que abandones ese sueño o que intentes otra cosa.

No los escuches.

Sigue deseando con fuerza aquello que quieres.

Tras leer la segunda lección, Rosa recordó todas las frases que escuchó cuando intentó salir de la crisálida: «Jamás lo conseguirá», «Qué torpe es», «No es una auténtica mariposa»…

LECCIÓN 3. Sé buena contigo misma

Regálate mensajes de ánimo, no te exijas en exceso y permítete fallar. Cree en ti.

—A partir de ahora, tendrás que practicar tu vuelo y es probable que no te salga a la primera. Hazlo tantas veces como necesites, con una condición: ¡Queda prohibido

decirse palabras negativas! Estas alas no van a desplegarse si te repites a ti misma mensajes de desánimo, ¿entendido?

Rosa asintió y, convencida de los aprendizajes, se dispuso a practicar su vuelo. De repente, la voz de Manuela la interrumpió:

—¡Una cosa más, Rosa! —exclamó la mariposa sabia—. ¡Casi se me olvidaba! Este regalo es para ti. Puede que lo necesites.

Manuela le ofreció una cajita envuelta con un gran lazo rojo. En el interior, junto a unos pequeños algodones para sus oídos, había una nota que decía:

SOLO TÚ DECIDES A LA ALTURA QUE QUIERES VOLAR.

Y solo así, cuando aceptó que necesitaba ayuda y algo de práctica, Rosa desplegó sus alas y, poco a poco, consiguió echar a volar.

NACER MARIPOSA
NO TE HACE EXPERTA EN VUELO.

NACER MARIPOSA
NO TE HACE EXPERTA EN VUELO.

Vivimos en una cultura donde escuchar «no hay nada imposible», «querer es poder» y «tú puedes con todo» es lo cotidiano. Mensajes claramente motivadores en un mundo de superhéroes, pero no siempre aptos para la vida real.

Las cosas claras: no podemos con absolutamente todo, tenemos derecho a equivocarnos y, por supuesto, a pedir ayuda cuando por nosotros mismos no seamos capaces de alcanzar aquello que queremos conseguir. Y es que partimos de un supuesto erróneo: no todos tenemos los mismos recursos para afrontar las mismas situaciones. Comprender esto, supone dejar de abonar el terreno donde nacen la frustración y el desánimo.

Esto no significa que haya que conformarse «con lo que haya». A nivel psicológico todos necesitamos sentir que crecemos, y esta tarea requiere de motivación: mirar al cielo sin perder de vista el suelo. «Apunta alto», dicen. Sí, pero apunta bien: ni muy bajo para desmotivarte, ni muy alto para desgastarte.

El reto consiste en liberarnos de aquello que los demás esperen de nosotros, ya que no hemos nacido para cubrir expectativas ajenas (¡suficiente tenemos con las propias!).

Fuera miedos, prejuicios, inseguridades… y ¡manos a la obra! Ya sabes: primero el

uno, luego el dos, después el tres… Y casi sin darte cuenta, ¡lo habrás conseguido! Quizá no salga a la primera: paciencia. Si a volar, se aprende volando; a vivir, se aprende viviendo. Y, aunque a veces entraña riesgos, siempre merece la pena el esfuerzo.

UN EXTRATERRESTRE EN LA TIERRA

Guido era un extraterrestre muy curioso. A través del telescopio que tenía en su nave, pasaba las horas mirando desde su planeta a los extraños habitantes de la Tierra. Sentía una gran curiosidad por conocer aquel lugar y saber más de las costumbres de aquellos seres: cómo se saludaban, cómo se vestían… Le resultaba divertido observar sus movimientos, unas veces tan rápidos y otras tan lentos.

El día de su décimo cumpleaños, su padre quiso darle la mejor de las sorpresas: ¡un viaje a la Tierra!

Esa noche fue interminable para el pequeño extraterrestre que anhelaba aterrizar en aquel planeta y descubrir aquello que durante años solo había podido observar desde la distancia.

El tiempo parecía no pasar. Los minutos se hacían eternos, y Guido, nervioso, siguió con detalle cada movimiento de las agujas del reloj, hasta que por fin llegó el momento:

—¡Papá, papá! ¡Es la hora! —exclamó Guido mientras correteaba en círculos

alrededor de la cama de su padre.

Terminados los preparativos, cada uno con sus respectivas mochilas, se pusieron rumbo a la Tierra. El viaje resultó de lo más entretenido: asteroides, estrellas fugaces y un sinfín de fenómenos espaciales mantenían a Guido apoyado en el cristal de una de las escotillas sin apenas pestañear.

El lugar escogido para el aterrizaje fue una zona oculta en un frondoso bosque.

—¿Estás listo, hijo? —preguntó el padre—. Ha llegado el momento de que conozcas el planeta Tierra. ¡En esta mochila tienes todo lo necesario para nuestro viaje especial!

Guido, dando saltos de alegría, no pudo contener las ganas de descubrir qué se escondía dentro de ella.

Un mapa, un metro, una brújula, una libreta, una lupa… ¡y un montón de objetos más para llevar a cabo esa gran aventura!

La escotilla se abrió y de ella descendió una escalera. El padre de Guido asomó la cabeza para asegurarse de que no había nadie en los alrededores e hizo una señal a su hijo para indicarle que podía bajar de la nave. Ese momento fue mágico para el pequeño extraterrestre. Sus ojos empezaron a lucir un azul intenso en un intento de guardar para siempre todas las imágenes que estaban llegando a su retina.

El padre le interrumpió dándole las instrucciones precisas:

—Guido, a partir de ahora tienes que tener mucho cuidado e intentar pasar desapercibido. Si te descubren, podríamos tener problemas… Utiliza el reloj y la brújula que dejé en tu mochila y nos vemos dentro de doce horas en las coordenadas de este árbol, ¿entendido?

—¡Entendido, papá! —asintió el extraterrestre.

Al dar un paso fuera de la nave, sintió la hierba en sus peculiares pies y respiró el aire

frío de aquel lugar… Miró hacia arriba y observó un inusual cielo azul; él estaba acostumbrado a la atmósfera roja de su planeta… Caminó durante un rato mientras tocaba todo a su paso: la dura corteza de los árboles, alguna de sus hojas, las piedras que encontraba en su camino… Guido avanzaba, lento, en su aventura, disfrutando de cada momento. De pronto, una dulce voz que procedía de los matorrales le sobresaltó:

—¡Hola! —escuchó.

Guido se asustó y se le pusieron las orejas aún más de punta. Sin saber muy bien qué decir, respondió con voz nerviosa:

—¿Qué has visto? ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

Una niña que le doblaba el tamaño le comentó sin prudencia:

—¡El suficiente para verlo todo!

—Si mi padre se entera… —dijo entre dientes.

—Tranquilo, si mi padre se entera de que estoy hablando con un extraterrestre, también se enfadará. ¡Será nuestro secreto! —respondió ella guiñándole un ojo.

—Me llamo Cloe —dijo, tendiéndole una mano—. ¿Y tú?

—Yo soy Guido.

—¿Por qué has venido hasta aquí? —preguntó con curiosidad la niña.

—¡Es mi regalo de cumpleaños! ¿Sabes? Con mi telescopio puedo ver muy bien tu planeta y me gusta observar vuestras costumbres. ¿Me llevarías a algún lugar donde haya muchos humanos?

—¡Eso está hecho! —respondió Cloe asintiendo—. ¡Iremos a un parque!

—¡Eh…! Pero no me pueden descubrir. Mi padre dice que es peligroso para mí.

—No te preocupes, con el tamaño que tienes te esconderás en mi mochila y nadie se percatará de tu presencia. ¡Confía en mí!

Guido no lo dudó un instante. Estaba a punto de cumplir su sueño: conocer a los habitantes del planeta Tierra.

Dio tres saltitos, se metió en la mochila de Cloe y, subidos en su bicicleta, iniciaron la aventura. Asomando su diminuta cabeza, Guido observaba, sin levantar sospechas, todo

lo que iba sucediendo a su alrededor.

El camino resultó de lo más entretenido: carreteras con coches de diferentes colores y tamaños, edificios llenos de luces, parques con niños jugando, calles repletas de terrestres conversando entre ellos y, algunos, hablando con aparatos… ¡Todo era nuevo para Guido!

Tras varias horas recorriendo la ciudad, llegaron cerca de un río donde Cloe paró su bicicleta. Con cuidado, la apoyó en el suelo y abrió su mochila para que Guido pudiera asomar un poco más su cabeza.

—¡Impresionante, Cloe! Estar en la Tierra es fascinante…

De pronto, un fuerte grito les interrumpió. Su atención se dirigió a dos personas que estaban sentadas en un banco. Sus gestos eran rígidos, exagerados y el volumen de su voz muy alto…

—¿Por qué se gritan? —preguntó desconcertado.

—¡Porque están enfadadas! —respondió rápidamente Cloe.

—¡Pero si están muy cerca! —insistía Guido.

El pequeño extraterrestre, desde su inocencia y curiosidad, pensó que podría medir esa distancia y sacó de su mochila el metro. Desde su escondite y a lo lejos, calculó cuántos centímetros separaban a esas dos personas.

—Quince centímetros… —se dijo a sí mismo—. ¡No puede ser! ¿Por qué cuando los humanos se enfadan gritan teniéndose tan cerca?

—En la Tierra, cuando las personas nos enfadamos, subimos el volumen de nuestra voz y, aunque estemos unos enfrente de los otros, nuestros corazones se alejan.

En sus ansias de comprobar aquello que Cloe le estaba comentando, le dio la vuelta al metro y recalculó la distancia:

—¡Quince mil kilómetros! ¡Tienes razón, Cloe! —exclamó—. ¡Cuando los humanos se enfadan, la distancia emocional aumenta, aunque estén cerca!

Guido era un extraterrestre muy singular y con unas grandes habilidades con los números. Él y Cloe estuvieron hablando de su nuevo descubrimiento durante un rato.

—¿Y por qué os pasa eso?

—¿Por qué? Los humanos a veces hacemos cosas raras… Aunque nos queramos, no siempre nos hablamos bien. Cuando nos enfadamos, elevamos la voz y nos hacemos daño y, aunque estemos muy cerca, nuestro enfado hace que nuestros corazones se alejen durante un tiempo —concluyó.

—Entonces… ¡A mayor volumen en las palabras, mayor distancia entre los corazones! ¡Vaya! ¡Qué raros sois, Cloe! —dijo Guido un poco confundido.

Al otro lado del parque, había dos personas sentadas sobre la hierba, y sus gestos eran mucho más dulces y relajados. Guido apenas podía llegar a escuchar lo que se decían, pero se podía percibir que hablaban bajito y sonreían.

—¡Juguemos a las adivinanzas, Guido! —le propuso Cloe.

—¿A qué distancia están aquellas dos personas sentadas en la hierba?

—Hummm… Déjame pensar…

El extraterrestre empezó a calcular mentalmente, pero no le salían los números. Cogió el metro de nuevo por ambos extremos y comprobó que la distancia que separaba a estas dos personas era también de quince centímetros.

—¡No me salen las cuentas! —resoplaba enfadado—. Ellos no se gritan, parecen más próximos el uno del otro y, sin embargo, su distancia es la misma que la de los anteriores…

Cloe, entre carcajadas, le respondió:

—Aunque su distancia física sea la misma que las de aquellas personas enfadadas, estas dos están mucho más cerca. ¿Has visto cómo se hablan y cómo se miran?

Guido aprovechó la pausa que hizo su nueva amiga para darle la vuelta al metro y medir la distancia emocional:

—¡Quince milímetros, Cloe! ¡Quince milímetros! —dijo sorprendido.

—¡Claro! Sus corazones están juntos, por eso con un susurro es fácil que se entiendan entre ellos.

Estas dos diferentes escenas fueron un gran descubrimiento para Guido, quien

anhelaba conocer cada vez más curiosidades de aquellos extraños habitantes del planeta Tierra. Sin embargo, empezó a anochecer y era el momento de regresar a las coordenadas indicadas para que su padre no sospechara nada de lo ocurrido.

—¡Gracias por ayudarme a entender un poquito más a los humanos, Cloe!

—¡Adiós, Guido! —respondió ella con un guiño.

Antes de caminar hacia la nave y retomar su viaje hasta casa, el pequeño extraterrestre se sentó en una piedra y sacó la libreta donde anotaba todos los descubrimientos que hacía cuando observaba con su telescopio. En una página en blanco escribió:

LOS DECIBELIOS DE LAS PALABRAS
QUE UTILIZAN LAS PERSONAS
ACERCAN O ALEJAN SUS CORAZONES.

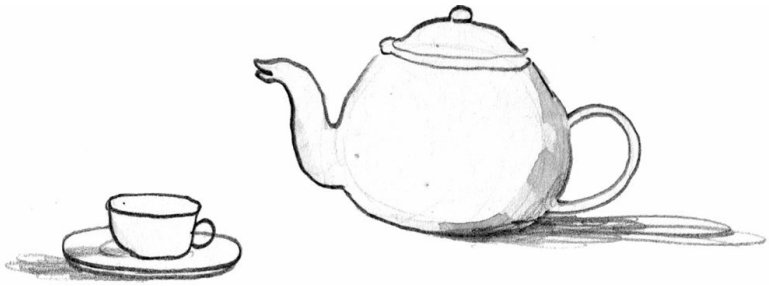
LOS DECIBELIOS DE LAS PALABRAS QUE UTILIZAN LAS PERSONAS ACERCAN O ALEJAN SUS CORAZONES.

Llevamos toda la vida *contando* con las personas que tenemos a nuestro lado y, sin embargo, las que realmente *cuentan* en nuestra vida son las que tenemos cerca *del corazón*.

Y es que, a pesar de lo que nos hayan enseñado, las distancias no se deberían medir en metros, sino en decibelios. Porque no es tan importante la distancia que nos separa de una persona, sino lo que esa persona nos llena; del mismo modo que su importancia no reside en aquello que nos dice, sino en cómo nos hace sentir con lo que nos dice.

En definitiva, solemos prestar más atención a las palabras que decimos que a la manera en la que las decimos y esto supone la principal barrera de la comunicación con las personas que tenemos a nuestro alrededor.

Es pues importante encontrar los decibelios exactos que nos mantengan unidos a quienes queremos para, independientemente de las *distancias* físicas, conseguir que las *distancias emocionales* sean cortas.



PASAR A LIMPIO

En el barrio todo el mundo lo conocía. Julián era admirado por su carácter afable y positivo. Daba igual con quién se cruzara: él siempre tenía un saludo agradable, una sonrisa que regalar o un buen consejo que ofrecer para animar a todo aquel que lo necesitara. Si alguien tenía un mal día, él estaba ahí para decirle cómo ver el lado positivo de las cosas.

Por su parte, cuando alguno de los vecinos le preguntaba cómo se sentía o cómo le iba la vida, su respuesta siempre era la misma: «Elijo estar bien».

Sin embargo, la vida de Julián nunca fue sencilla. Siendo muy joven perdió a sus padres y eso le llevó a tener que trabajar duro en una carpintería para poder sacar adelante a sus hermanos pequeños. Unos años más tarde, mientras trabajaba, tuvo un accidente que le dejó imposibilitada su pierna izquierda. Pero a pesar de todo, él sabía cómo darle la vuelta a las situaciones y salir adelante de todos los traspiés que le deparaba la vida.

Nadie se explicaba cómo lo hacía. De todos los reveses que sufría, Julián salía fortalecido, un misterio que era muy comentado en el pueblo cada vez que lo veían caminar con su bastón y su eterna sonrisa.

Una tarde tormentosa de enero, la tragedia volvió a merodear por su vida mientras

descansaba tranquilamente en, como él mismo lo denominaba, «su refugio»: una casita de madera rodeada de pinos que con mucho esfuerzo y paciencia se construyó. De pronto, el reflejo de un gran relámpago iluminó la estancia y, al momento, el sonido de un trueno le sobresaltó. Antes de que Julián pudiera hacer algo, un estallido enorme le sacudió y al momento se encontró semienterrado entre vigas y maderas.

No tardó en reaccionar y darse cuenta de lo que había ocurrido: un rayo había destrozado toda su casa. En menos de un segundo, su refugio terminó partido en dos.

Ante la imposibilidad de ponerse en pie por todos los escombros que tenía encima, solo le quedaba observar la terrible imagen que aquella tormenta le había dejado: todas sus recuerdos, ahorros y pertenencias hechos añicos. En ese instante, fruto de la desolación, Julián miraba a su alrededor y era incapaz de sacar fuerzas para ni tan siquiera incorporarse. Tanteó entre los escombros para buscar dónde apoyarse cuando, para su sorpresa, descubrió que su bastón estaba partido en dos. Con rabia, se llevó las manos a la cara e, inevitablemente, se echó a llorar.

Los vecinos se iban acercando poco a poco hasta el lugar de la catástrofe. Tras socorrerle y comprobar que Julián se encontraba bien, le ofrecieron alojamiento y un plato de sopa caliente para recuperarse de semejante situación.

A la mañana siguiente se despertó en una cama que no era la suya y bajó a agradecer a sus vecinos el apoyo recibido. Cuando estos le vieron, lo primero que hicieron fue preguntarle:

—¿Cómo estás, Julián?

—Elijo estar bien —respondió él con su incansable sonrisa.

Los vecinos no salían de su asombro. ¡Hacía apenas doce horas que lo había perdido todo! Su casa, sus posesiones, sus recuerdos… ¿Cómo podía seguir desprendiendo buen humor?

Ante tanta curiosidad, uno de ellos se acercó y le dijo:

—¡No lo entiendo! No es posible ser una persona positiva todo el tiempo. ¡Con lo que te ha pasado! ¿Cómo lo haces, Julián?

Con gesto tranquilo respondió:

—La vida son historias que nos contamos… ¡Cuando algo me sucede, no me quedo con la primera versión! Cada noche, «paso a limpio» todo lo que me ocurre: busco el lado positivo de la situación, veo qué puedo aprender de ello y decido quedarme con aquello que más me ayuda.

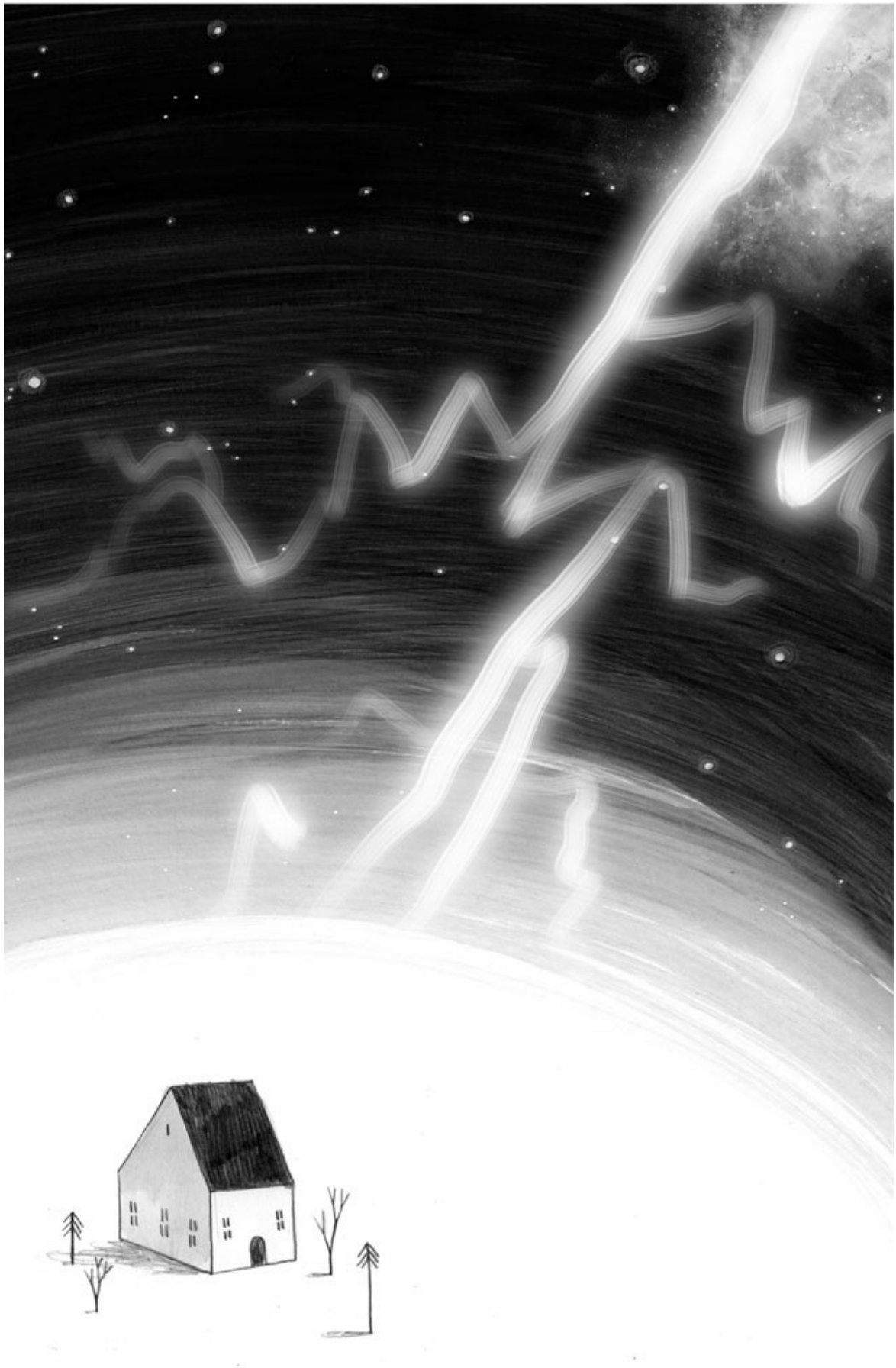
—¡Pero eso no es tan fácil! —protestó su vecino.

—No, no lo es… ¡Requiere cierto esfuerzo, pero merece la pena! En la vida siempre tenemos dos opciones: pensar bien o pensar mal. Yo elijo pensar bien...

Tras una breve pausa, añadió:

—Cada vez que me sucede algo malo, puedo escoger entre regodearme en mi desgracia o aprender de ella… Yo escojo lo segundo, y así hago todo lo que está en mi mano, porque la actitud, en esencia, lo es todo.

HAY MUCHAS SITUACIONES DE LA VIDA
QUE NO PODEMOS ELEGIR. SIN EMBARGO,
EL MODO EN EL QUE NOS ENFRENTAMOS A ELLAS SOLO DEPENDE DE NOSOTROS



HAY MUCHAS SITUACIONES DE LA VIDA QUE NO PODEMOS ELEGIR. SIN EMBARGO, EL MODO EN EL QUE NOS ENFRENTAMOS A ELLAS SOLO DEPENDE DE NOSOTROS

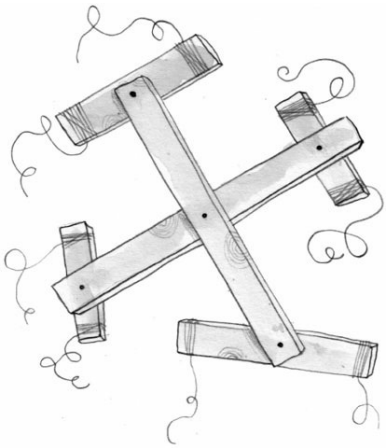
Da igual cuántas veces organices tu vida: hasta tus mayores sueños, ilusiones o temores terminan dando la cara de un modo diferente al esperado.

Los planes, si bien nos sirven para caminar, también pueden paralizarnos. Planificar al detalle toda una vida puede ofrecernos cierta sensación de seguridad. Sin embargo, la mayoría de los planes se desmontan cuando una serie de acontecimientos inesperados suceden, por el motivo que sea, y no los podemos evitar. No obstante, es necesario dejarlos pasar frente a tus ojos para comprender el motivo por el que se interpusieron en tu camino.

Dicen que cuando tropiezas, si no caes, al menos avanzas un poco más rápido. Y es cierto. Sin embargo, no nos gusta tropezar y, lo que es peor, focalizamos nuestros esfuerzos en evitar la caída, olvidando que esta forma parte del andar.

Lo bueno de lo malo es que todo puede pasar para algo si así lo queremos. Incluso lo inesperado y aquello que nos saca fuera de lo cotidiano y nos sitúa en la fina línea entre la seguridad y el miedo. Porque, si tomamos consciencia, de todo se puede aprender. No se trata de consolarse, sino de integrar en tu historia personal los acontecimientos, de tal modo que, cuando eches la vista atrás y leas tu historia, tenga sentido para ti.

Lo que diferencia a las personas que viven la vida hacia delante es su capacidad de aprendizaje, cómo le ofrecen a este el lugar que le corresponde y dan pasos al frente hacia una dirección. Para decidir, conscientemente, seguir avanzando.



EL ENCANTO DE VIOLETA

Cada tarde, junto a su titiritero, Violeta se preparaba para el gran espectáculo. Cientos de niños acudían a diario a su teatrillo ambulante para disfrutar de una obra que cobraba especial belleza cuando ella salía al escenario.

Violeta era una marioneta diferente al resto. Gracias a sus sofisticadas articulaciones, lograba hacer espectaculares rotaciones, difíciles de conseguir por el resto de títeres, logrando con ello embelesar al público.

No obstante, su vida era monótona. Desde hacía años, representaba la misma función allá donde iban. Además, se pasaba buena parte del día recibiendo los cuidados del titiritero, que procuraba mantener su maleable cuerpo en perfecto estado para poder seguir haciendo sus complejos números con Violeta. Su aburrida rutina no le permitía dedicarse a aquello con lo que siempre había soñado: ser acróbata. Desde siempre, Violeta había destacado por su equilibrio, agilidad y coordinación. Sin embargo, cuando el titiritero se cruzó en su vida, quedó prendado de su elasticidad y la destinó a vivir siendo una marioneta para siempre.

Si bien durante largo tiempo el titiritero le ofrecía todas las atenciones necesarias, con

el paso del tiempo empezó poco a poco a descuidarla.

Un día, en medio del escenario, cuando comenzaba a dar los primeros pasos del baile de la obra que representaba, el hilo que se unía a una de sus extremidades se enredó con el que daba movimiento al brazo del mismo lado de su cuerpo. Al tiempo que ella intentaba desenredarse, su titiritero trataba de mover la caña desde donde la manejaba, creando un nuevo nudo entre los hilos restantes.

Finalmente, abatida, dejó que el artista hiciera su trabajo. Sin embargo, con varios nudos cerca de sus pies, estaba condenada a caerse. Al mismo tiempo, el resto de finos hilos habían dado varias vueltas alrededor de su cuerpo, aprisionándola y privándola de cualquier movimiento. Violeta cayó al suelo, para desconcierto del público.

En ese momento, un gran silencio se impuso en los alrededores del escenario. En sus intentos por iniciar cualquier maniobra que la sacara de semejante situación, Violeta comenzó a escuchar de fondo las risas de la gente. Avergonzada y sin saber qué hacer, forzó uno de los hilos que había anudado su brazo a la cintura con tanta fuerza que, de repente, las hebras se empezaron a rasgar hasta romperse por completo.

De pronto, el brazo de Violeta se desplomó contra el suelo del escenario. Sintió una extraña sensación de dolor, pues estaba acostumbrada a que la movilidad de sus extremidades dependiera de las manos de su titiritero.

Aquel fue el final de Violeta. Con la rotura de uno de sus hilos, la función se dio por terminada, y con ella, su carrera como marioneta. El coste de la reparación era más caro que remplazarla por otra, y su dueño, sabedor de ello, no dudó ni un segundo en guardarla en una caja y hacerse con una marioneta nueva.

—¡Lo siento, querida! Hasta aquí nuestro espectáculo juntos… ¡Fue bonito mientras duró!

Y así fue cómo pasó de ser la estrella del espectáculo a formar parte de una caja vieja llena de trapos, cinchas y otras herramientas que el titiritero guardaba. A través de un hueco podía divisar, a lo lejos, cómo su nueva sustituta hacía su papel y, a pesar de no tener su flexibilidad, cumplía la misma función. Fueron unos días muy tristes para

Violeta, quien, durante todo este tiempo, se había sentido irremplazable. Jamás pensó que podría llegar a ser sustituida por otra marioneta, que, además, en lugar de elegantes hilos, tenía simples cuerdas de yute en sus articulaciones y no gozaba de su agilidad.

Con el paso de los días, Violeta fue deteriorándose, y la ausencia de cuidados hizo que el brillo de sus hebras fuera perdiendo luz. Se sentía frustrada y atrapada en aquel lugar oscuro donde llegaban los aplausos de la función que ella solía representar y ahora protagonizaba otra marioneta. En uno de sus habituales enfados por estar privada de libertad, forzó uno de los hilos que, al no recibir el mimo y la atención de antes, se resquebrajó rápidamente y dejó libre el otro brazo de Violeta. Como la primera vez en el escenario, al principio sintió dolor. Sin embargo, tras unos segundos, una sensación de alivio recorrió todo su cuerpo y sus delicados dedos comenzaron a moverse.

Tras ellos, empezó a girar las muñecas por sí misma, doblar sus codos y, finalmente, levantó ambos brazos. ¡No podía creer que estuviera moviendo gran parte de su cuerpo por sí misma!

Invadida por una extraña y nueva sensación de libertad, se armó de coraje y, con todas sus fuerzas, arrancó los dos hilos que aún la mantenían atada a la caña desde donde había sido manejada de por vida. Primero, la pierna derecha; después, la izquierda y, casi sin darse cuenta, Violeta rompió todos los hilos que durante tanto tiempo creyó que le ofrecían la felicidad que necesitaba.

Tras adaptarse a sus nuevos movimientos, con cuidado de no perder el equilibrio, se puso en pie. Fueron los segundos más felices de su vida: ¡consiguió dar el primer paso por sí misma! Logró agarrarse a las paredes de la caja donde estaba guardada y, cuidadosamente y muy poco a poco, pudo salir de ella. Una vez fuera, se aseguró de dar los siguientes pasos sin caerse y, al sentir que era libre de moverse a su antojo, dio un pequeño salto. Y luego otro, y luego otro… demostrándose a sí misma que, a pesar del paso del tiempo, conservaba la agilidad de antaño. Sus movimientos volvían a ser tan armónicos y coordinados como hacía años y sintió que podía cumplir su sueño de ser acróbata.

Y fue entonces cuando consiguió aquello que en lo más profundo de su pequeño corazón de marioneta anhelaba: ser, por fin, libre.

EXISTEN HILOS QUE NOS UNEN A ALGUNAS PERSONAS; EN CAMBIO, HAY OTROS QUE NOS ATAN A ELLAS.
LA DIFERENCIA RESIDE EN QUE, MIENTRAS QUE LOS PRIMEROS NACEN PARA HACERNOS GRANDES, LOS OTROS SURGEN PARA MANTENERNOS PEQUEÑOS.

EXISTEN HILOS QUE NOS UNEN A ALGUNAS PERSONAS; EN CAMBIO, HAY OTROS QUE NOS ATAN A ELLAS.
LA DIFERENCIA RESIDE EN QUE, MIENTRAS QUE LOS PRIMEROS NACEN PARA HACERNOS GRANDES, LOS OTROS SURGEN PARA MANTENERNOS PEQUEÑOS.

Cada mañana tienes la oportunidad de definir qué quieres hacer con tu día, recuperar el control de tus sueños y dejar de cumplir expectativas ajenas para enfrentarte al desafío más bonito de todos: tomar las riendas de tu vida.

Tus decisiones, tu tiempo y tus prioridades son tuyas. A la hora de delimitar tu espacio, no des por hecho las cosas, sé fiel a tus valores y flexible cuando lo creas conveniente; prioriza tus intereses sin justificarlos y mira por ti sin disculparte.

Tienes derecho a decir «no», a rechazar lo que no te convenga y a expresar molestia cuando la sientas. Recuerda que, a veces, no es imprescindible responder a todas las peticiones en ese preciso momento, sino que puedes tomarte el tiempo suficiente para pensar si quieres decir «sí» o si, por el contrario, necesitas enunciar un rotundo «no». Recuerda que aplazar una respuesta cuando el objetivo es conectarte con tu propia honestidad no es un gesto de negación, sino de autoafirmación.

Y afirmar es decirte sí a ti mismo, sin condiciones. Sí a vivir en primera persona. Sí a

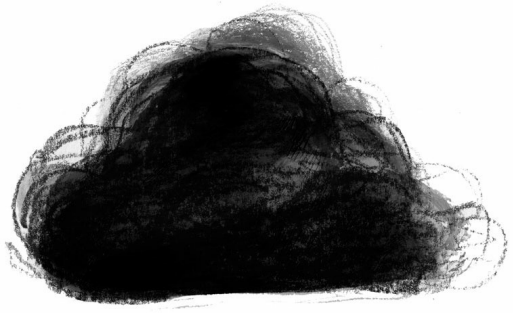
romper con lo establecido. Sí a sentir que tus deseos y decisiones están, como mínimo, a la misma altura que los del resto. Sí a creer que mereces todo lo bueno que te ocurre y aquello que está por venir.

El día que descubres que los hilos de tu vida solo los manejas tú, se abre ante ti todo un mundo de posibilidades.

El día que empiezas a dibujar tu frontera, lejos de delimitarte, te sorprenderá lo amplio que puede llegar a ser tu horizonte.

El día que sostienes con soltura los hilos que te hacen grande y cortas aquellos que te hacen sentir pequeño, un mundo nuevo se abre paso ante tus ojos.

El día que decides tomar el control de tu vida, comienza la relación de amor más auténtica y duradera de todas: la tuya contigo.



LA SOMBRA

Habían pasado ya tres años desde que Valeria se había ido y Julia aún echaba de menos a su amiga. Hasta entonces, apenas se habían separado: escuela infantil, colegio, instituto, universidad… ¡Incluso los veranos eran muchas veces compartidos!

Cada año, aprovechando que Valeria regresaba al pueblo por Navidad, reservaban unos días para pasarlos juntas.

Entre ambas amigas tenían sus pequeños rituales: la primera noche siempre la pasaban frente a la chimenea poniéndose al día de sus aventuras. Sentadas en el sofá, disfrutaban de alguna copa de su vino favorito. La noche terminaba revisando el viejo álbum de fotos que con tanto cariño Julia guardaba. Les gustaba recordar la época en la que las dos vivían juntas, felices y sin apenas preocupaciones.

Daba igual el tiempo que pasara. Siempre lo veían con ojos de primera vez. Sin embargo, en esta ocasión, ocurrió algo que llamó la atención de Julia: en algunas fotos aparecía una especie de sombra negra sobre ellas. Al ser fotos antiguas no le dio mucha importancia; pensó que con el paso del tiempo se habían estropeado.

Sin embargo, las dos volvieron a revisar el álbum y se detuvieron especialmente en aquellas fotos en las que la sombra era más llamativa.

La primera era una donde ambas aparecían montando en bicicleta, cuando apenas

tenían cinco años. La segunda, el día que fueron de excursión con el colegio. En otra de ellas, aparecía Julia con Max, el perro que tenía su abuela cuando era pequeña. Y por último, el día que las dos amigas hicieron de presentadoras en el Festival de Navidad del colegio.

—¡Qué extraño! ¿Qué les ha pasado a esas fotos? ¿Y por qué solo a esas? —se dijo Julia.

Valeria, mirando el reloj, se levantó para irse, apuntando:

—Son fotos bastante antiguas… ¡El tiempo pasa para todos! Es normal que se hayan estropeado.

Y con un beso en la mejilla, se despidió de su amiga hasta el día siguiente.

Ya en la cama, Julia seguía dándole vueltas:

—¿Por qué esas fotos y no otras? ¿Qué pueden tener en común?

Y, con esa idea en la cabeza, se quedó dormida.

Al día siguiente salió temprano de casa. En el ascensor se encontró con la señora María, una anciana que vivía en el quinto piso. Tras darle los buenos días, el ascensor cerró sus puertas y se puso en marcha, pero repentinamente se paró. Julia volvió a accionar el botón, pero el ascensor no respondía. María empezó a ponerse nerviosa y eso comenzó a inquietar a Julia, quien finalmente llamó a la alarma para que acudieran a socorrerlas. Mientras intentaba tranquilizar a su vecina, a través del espejo, vio una sombra negra también cerca de María. ¡Era similar a la que había descubierto en sus viejas fotografías!

Julia frotó sus ojos dos veces. ¡No podría creer lo que estaba sucediendo! Pensó que había dormido poco. Al momento vinieron a auxiliarlas, y María, aún temblando, agradeció a su vecina que la hubiera ayudado a tranquilizarse.

Julia retomó su camino aún impactada por aquella imagen. Mientras avanzaba, continuó dándole vueltas a lo que acababa de ocurrir y, al estar distraída con sus pensamientos, no vio el coche que circulaba por su derecha cuando se dispuso a cruzar. A pesar de que se detuvo a tiempo, el susto apenas le dejó articular una disculpa a Julia.

¡Al instante, la sombra negra volvió a aparecer a su lado!

Rápidamente, telefoneó a su amiga:

—Valeria, ven a mi casa en diez minutos, por favor. Tengo algo importante que contarte.

Cuando Julia llegó, su amiga ya estaba esperándole en la puerta.

—¿Qué ha pasado? ¡Me has asustado!

—Ven… Entremos en casa y te cuento.

Tras sentarse en el sofá, Julia cogió de nuevo el álbum.

—Mira esta fotografía, Valeria… ¿Recuerdas qué sucedió? —dijo señalando la primera imagen.

—¡Claro! Tu padre te quitó los ruedines y nos enseñó a montar en bicicleta. ¡Menudo tortazo te pegaste! —exclamó Valeria, riéndose al recordarlo.

—Choqué contra un árbol y, desde entonces, tuve tanto miedo que no he sido capaz de volver a montar en una bicicleta.

Julia le preguntó por la segunda de las fotografías.

—¿Y esta? ¿Recuerdas este día?

—El día que nos fuimos de excursión con el colegio a aquel pantano y nos perdimos —respondió Valeria sin apenas poder pestañear—. ¡Pasamos tanto miedo...! Todos los caminos eran iguales y se nos hizo de noche… —continuó con angustia.

—¡En las dos fotografías pasamos miedo! ¡La sombra es el miedo!

Tras una breve pausa, añadió:

—¡Mira, Valeria! La tercera fotografía también refleja un momento de mi vida en el que tuve miedo… ¡El día que Max me mordió el brazo! Desde entonces me da pánico cualquier perro…

Continuaron revisando las fotografías que tenían una sombra negra y, en la cuarta, ambas amigas se miraron a la vez. ¡El día que fueron elegidas para presentar el festival del colegio!

—¿Recuerdas? ¡La primera vez que hablábamos frente a tantas personas!

—¡Cómo olvidarlo! ¡Aún me aterra hablar en público! —exclamó Julia.

Valeria se recostó en el sofá intentando asimilar toda la información.

—Entonces, ¿esa sombra negra representa el miedo?

—¡Eso parece! Está en aquellas fotografías que recuerdan momentos donde hemos sentido miedo…

—¡Un miedo que aún seguimos sintiendo! —interrumpió Valeria.

Julia aprovechó ese momento para contarle a su amiga lo que le había ocurrido en el ascensor con su vecina.

—María empezó a agobiarse cuando el ascensor se bloqueó, y apareció el miedo. ¡Y vi la sombra que lo representa!

—¿Cómo has llegado a la conclusión de todo esto? —preguntó Valeria a su amiga.

Fue entonces cuando Julia le explicó también el episodio del coche. En el momento en que se dio cuenta de que todo había pasado, aún con el susto en el cuerpo, volvió a reconocer a su lado esa sombra que le resultaba familiar.

Entendió que aparecía cuando sentía miedo. ¡Y que lo hacía para protegerla!

—¡Pero a veces no nos protege! —protestó Valeria.

—¡Claro, amiga! Cuando no le damos el lugar que corresponde, el miedo se hace grande, y con él, la sombra ocupa el sitio de la valentía y nos limita…

Julia continuó pensando en voz alta mientras su amiga la escuchaba. Cerró el álbum de fotos y, con voz firme y segura, afirmó:

EN LA VIDA ES NECESARIO HACERNOS AMIGOS DEL MIEDO Y LLEVARLO SIEMPRE A NUESTRO LADO:
NI DELANTE PARA QUE NOS IMPIDA HACER AQUELLO QUE QUEREMOS HACER; NI DETRÁS PARA QUE NOS EMPUJE A HACER AQUELLO QUE NO ESTAMOS SEGUROS DE QUERER HACER.

EN LA VIDA ES NECESARIO HACERNOS AMIGOS DEL MIEDO Y LLEVARLO SIEMPRE A NUESTRO LADO:
NI DELANTE PARA QUE NOS IMPIDA HACER AQUELLO QUE QUEREMOS HACER; NI DETRÁS PARA QUE NOS EMPUJE A HACER AQUELLO QUE NO ESTAMOS SEGUROS DE QUERER HACER.

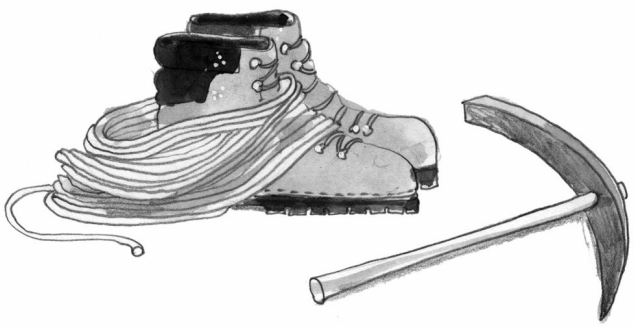
Con el paso del tiempo, muchos de nuestros miedos se transforman y ceden terreno a temores muy diferentes a aquellos que sentíamos cuando éramos pequeños. Pasamos del miedo a la oscuridad a *que nos influya la opinión del entorno*; de tener miedo a los monstruos a sentirlo ante la mirada de algunas personas; del miedo al abandono al miedo a la soledad; del miedo a los desconocidos al miedo *al qué dirán*.

Crecemos y, junto a nosotros, nuestros miedos también lo hacen, pero transformándose en miedos que, en lugar de ayudarnos a sobrevivir, nos dificultan la tarea de vivir.

Nuestro temores adquieren en nuestras cabezas dimensiones desorbitadas: los magnificamos, los engrandecemos y los distorsionamos sin ningún tipo de lógica hasta tal punto que terminamos creyendo que son nuestra realidad.

Necesitamos aprender a darle al miedo la importancia y el lugar apropiados. En otras palabras: necesitamos aprender a ajustar las dioptrías emocionales con las que miramos

nuestros miedos.



EL ALPINISTA

El sueño de Ángel era llegar a los pies de aquella inmensa montaña. Sabía que aquello no iba a ser tarea fácil, pues tendría que caminar alrededor de doce horas diarias durante catorce días.

Se pasó años dedicándose a prepararse cada día para el gran reto. Además de estudiar todas las rutas posibles, entrenaba a diario haciendo infinidad de ejercicios de fuerza física, resistencia, destreza y velocidad para superar las largas jornadas que comprendería tal hazaña. Además, cada noche, cerraba los ojos y se visualizaba a sí mismo disfrutando de los paisajes únicos que, con toda seguridad, contemplaría al llegar.

Semejante aventura requería de una rigurosa organización, y Ángel procuró no dejar ningún detalle fuera de su control. En el calendario iba marcando los días que faltaban para la gran fecha: 15 de abril. Y, a pesar de parecer un hito lejano, ese día, por fin llegó.

Su mochila contenía todo lo necesario para iniciar su sueño: entre otras cosas, glucosa y cafeína para lidiar con el «mal de altura», un *kit* de primeros auxilios para posibles accidentes y una botella de oxígeno extra por si, en algún momento, se encontraba en situación de emergencia.

Con todo el equipaje listo, puso rumbo al aeropuerto en dirección a su lejano destino:

China. Las largas esperas y los interminables trayectos era lo que, sin duda, menos le apetecía; sin embargo, sabía que en cuestión de varios días sus pies estarían pisando el apasionante suelo de Nepal… ¡En aquel lugar comenzaba la verdadera aventura!

Pese a la euforia propia del momento, Ángel conocía la necesidad de dosificar esfuerzos. Serían muchos días caminando y, a medida que ascendiera, el oxígeno iría escaseando, por lo que decidió permanecer las primeras horas tras su llegada, adaptándose antes de iniciar su andadura hacia el primer campo base. Se instaló y consiguió descansar lo poco que la impaciencia le permitió. ¡Las ganas de empezar eran demasiado grandes!

El primer día fue tal como lo había imaginado en tantas ocasiones: terrenos uniformes, vistas espectaculares y personas con las que conversar durante el camino.

Los días siguientes fueron similares. Aunque las pendientes eran cada vez más pronunciadas y las grietas que se encontraba ascendiendo resultaban más difíciles de sortear, Ángel no dejaba de disfrutar de los bellos amaneceres y atardeceres que la naturaleza le regalaba. La ilusión era tan grande que apenas se dio cuenta de cómo el cansancio empezaba a hacer mella en él y a percibirse en su cuerpo. Aun así, Ángel llegó hasta la siguiente base.

Fue en ese momento, cuando sintió que la situación se empezaba a complicar. Fuertes rachas de viento comenzaron a dificultar el avance, provocando que su ritmo fuera cada vez más lento. Hasta ese momento, los obstáculos hallados habían sido sorteables, pero los muros de hielo que hallaba ahora eran cada vez mayores y, en ese punto de la ruta, ya no encontraba a personas en las que apoyarse.

Cuando sus fuerzas empezaban a flaquear seriamente, levantó la mirada y vio como telón de fondo la gran montaña.

El momento de alcanzar el punto que se había propuesto fue épico: desde allí las vistas eran aún más espectaculares y la sensación de haber cumplido un sueño le emocionó hasta romper a llorar.

Sin embargo, algo en su interior le decía que no era suficiente. El silencio sepulcral de

la zona le permitió escuchar con más intensidad sus ganas de seguir avanzando. En ese instante sintió la necesidad de subir un tramo más para descubrir qué nuevas vistas había más adelante.

Tras un leve descanso, cargó de nuevo la mochila a sus hombros, respiró profundamente y comenzó a caminar. Cuanto más subía, más impresionado estaba con el paisaje que encontraba, pero, al tiempo, también eran mayores las complicaciones. Al ver que algunos alpinistas daban la vuelta para regresar, Ángel recordó la información leída en una de las guías advirtiendo de los peligros de avanzar a partir de ese tramo.

Pese a todo, volvió a llegar a otro campamento, desde donde, una vez más, sintió que su objetivo no estaba cumplido. Necesitaba descubrir qué pasaría si escalaba un nuevo tramo, a pesar de que la situación se complicaba por momentos.

Ni las nuevas dificultades ni la escasa luz impidieron a Ángel seguir subiendo tramos. Al caer la noche, la visibilidad era casi nula y, al apoyar el pie en una piedra helada, un mal movimiento le produjo una aparatosa caída. Tendido en el suelo y roto de dolor, la idea de abandonar pasó por su cabeza.

«¿Y si ya es suficiente?», pensó.

El golpe era fuerte, pero a esa altura no pudo hacer más que un rápido vendaje para frenar el dolor y poder tomar una decisión.

A las condiciones extremas se le unía su lucha interna por seguir «un poco más». Finalmente, cargó de nuevo su equipaje y, arrastrando su pie derecho, continuó su ascenso.

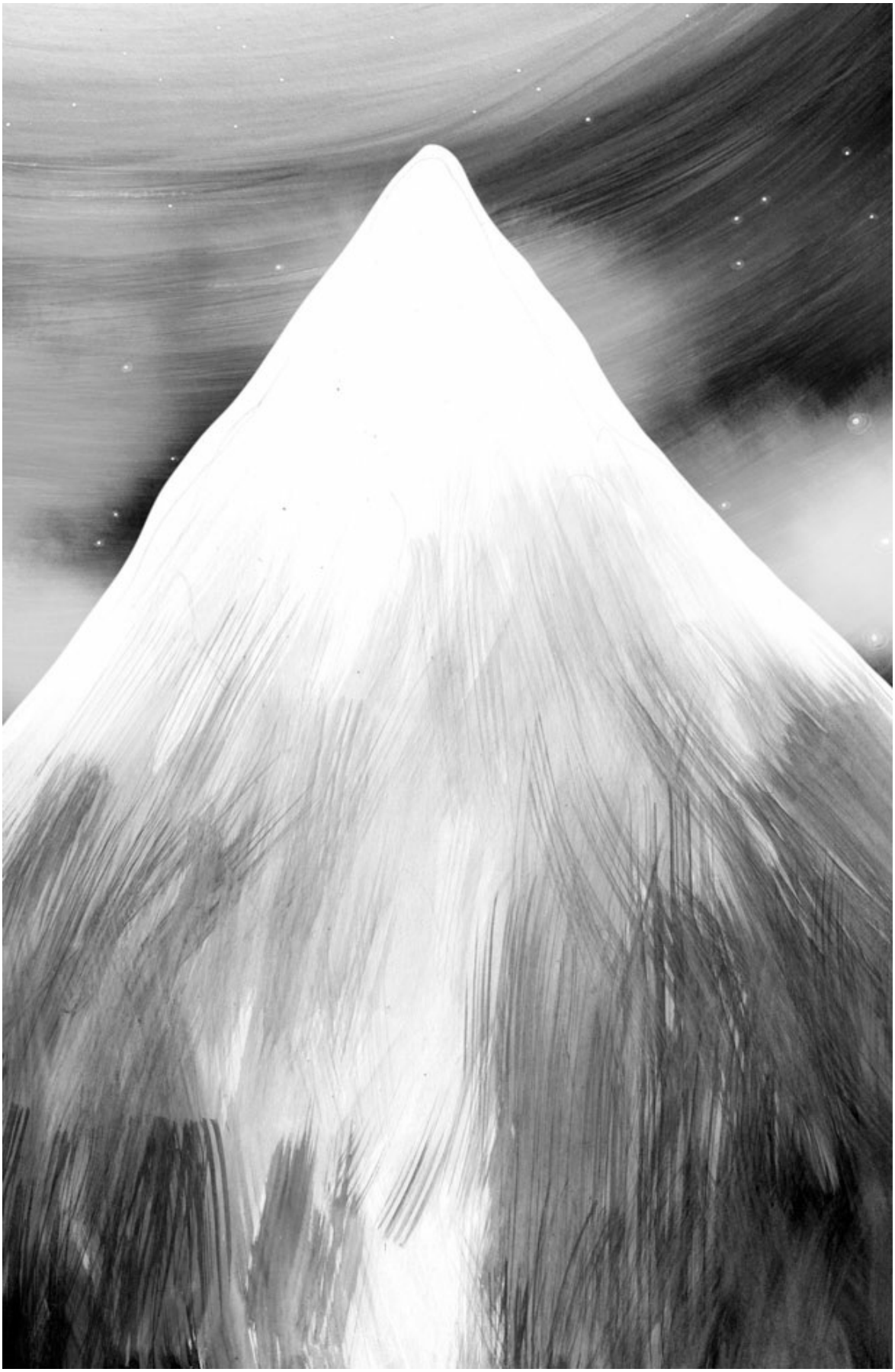
La subida por la nieve se complicaba por momentos y la temperatura comenzaba a bajar de manera drástica a medida que avanzaba. Ángel, contra todo pronóstico, consiguió subir un tramo más, a pesar de que comenzaba a sufrir hipotermia.

Tras varios días soportando las bajas temperaturas, llegara al lugar que llegara, Ángel siempre tenía la misma sensación: no era suficiente. De este modo, dejó de disfrutar de todo aquello que encontraba a su paso. Las espectaculares vistas, lejos de alegrarle, le hacían tener una extraña sensación de vacío. Pese a todo, seguía en su empeño de

avanzar «un tramo más». Pensó que si conseguía coronar la cima, saldría en los más prestigiosos noticiaros del mundo y, de ese modo, su esfuerzo agónico habría merecido la pena.

Con ese nuevo objetivo en mente, Ángel prolongó su hazaña. Cuando llegó a un punto cercano a la cima, encontró un lugar desde el cual podía divisar, una vez más, la gran inmensidad que se abría ante sus ojos. No obstante, la urgencia por continuar hacia su meta le impidió contemplar aquel regalo de la naturaleza y disfrutar de su nuevo logro. Retomó de nuevo su trayectoria hacia la cúspide y, al clavar uno de sus piolets, ocurrió un desafortunado accidente: Ángel cayó desde lo más alto y murió, atrapado y congelado, entre la nieve.

APUNTA ALTO, PERO APUNTA BIEN:
NI MUY ARRIBA PARA FRUSTRARTE, NI MUY ABAJO PARA DESMOTIVARTE.



APUNTA ALTO, PERO APUNTA BIEN:
NI MUY ARRIBA PARA FRUSTRARTE, NI MUY ABAJO PARA DESMOTIVARTE.

Despertar es algo más que abrir los ojos por la mañana; es disfrutar plenamente de nuestro día a día, sentirnos dueños de nuestra vida y ser conscientes de que no es necesario estar mal para querer estar mejor.

Sin embargo, solemos confundir este hecho con la búsqueda incansable de nuevas metas porque, tenerlas fijadas, nos otorga una —a veces falsa— impresión de movimiento y, por ende, la sensación de no sentirnos perdidos.

Vivimos en una continua escalada de objetivos y empeñamos todos nuestros esfuerzos en su consecución, dejando la menor parte de nuestro tiempo a la celebración de haberlo conseguido.

Nuestro foco a menudo se orienta en aquello que hemos dejado atrás o en aquello que vendrá de ahora en adelante, pero no siempre damos el lugar que se merece a disfrutar del regalo que supone el momento presente.

Y, entonces, dejamos de disfrutar. Dejamos de disfrutar de la alegría de conseguir una meta porque al momento estamos en la búsqueda de otra nueva.

Como consecuencia de ello, en muchas ocasiones se apodera de nosotros una

sensación de vacío.

Y, pudiendo tener un sinfín de historias que contar, dejamos de contar el final de las historias.

Tan importante es disfrutar del camino como valorar el momento que atravesamos la línea de meta.

¡Y QUÉ MÁS DA!

Aquel día llovió durante horas. Tras pasar toda la mañana jugando en casa, Raquel propuso a su hija Martina salir a dar un paseo.

La pequeña, con su chubasquero amarillo y las botas de agua a juego, salió dispuesta a pisar todos los charcos que encontrara a su paso.

—¡Cuánto ha llovido, cariño! —dijo su madre sorprendida.

—Mamá, ¿por qué cae agua del cielo? —preguntó Martina con curiosidad.

—Porque a veces las nubes necesitan sacar el agua que llevan dentro…

—¡Pero si en el cielo no hay agua, mami! ¡Hay nubes!

—Sí, cariño, ¡muchas! Pero a veces ocurren cosas que son difíciles de explicar…

La madre de Martina, sin saber muy bien cómo responder, tomó aire y prosiguió:

—Las nubes cogen el agua que transportan los ríos y los mares y, cuando se llenan y no pueden almacenar más, la sueltan en forma de lluvia… ¡Y entonces llueve!

Raquel pensó que con esa explicación habría saciado la curiosidad de su hija, sin embargo, la pequeña preguntó:

—Mamá, ¿cómo puede ser que el agua que está abajo, en los mares, suba al cielo?

Pensando que Martina no entendería la explicación, su madre respondió:

—¡Y qué más da, cariño! Hay cosas que son difíciles de explicar. Pero… ¡mira! ¡Vuelven a caer algunas gotas! ¡Siéntelas sobre tu cara y disfruta! ¿Te gusta? —respondió mientras levantaba la cabeza dejándose mojar por la lluvia.

Sonrientes, atravesaron el parque donde jugaban cada tarde tras salir del colegio. Podían verse los columpios mojados, la arena convertida en barro y, en el cielo, varios colores se confundían entre las nubes.

—¡Mira, mamá! ¿Qué es eso? —señaló Martina al cielo.

—¡Es el arcoíris, cariño! Qué bonito es, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Cuántos colores! ¿Por qué pasa eso, mami?

—Cuando llueve y sale el sol al mismo tiempo, se forma un arcoíris.

—Pero ¿por qué podemos ver todos esos colores? —insistió Martina.

—Cuando los rayos del sol atraviesan las gotas de agua, como por arte de magia, aparecen el rojo, el naranja, el amarillo, el verde, el azul, el añil y el violeta.

—¿Y por qué se va del cielo? ¡No quiero que se vaya! ¡Queda tan bonito!

Una vez más, viendo que la curiosidad de su pequeña era inagotable, decidió responder de nuevo:

—¡Y qué más da, cariño! Es todo un misterio… Si te gusta, ¡disfrútalo antes de que desaparezca!

Tras un agradable paseo, pararon a descansar, sentándose en la única piedra seca que había protegida bajo un árbol. Martina no paraba de observar a su alrededor y le llamó la atención un bichito que parecía atrapado en una especie de tela de araña.

—Mamá, mamá…, ¿qué es eso?

—¿Eso? Es un gusano de seda, Martina.

—¿Qué es seda?

—Es algo muy suave, cariño…

—Entonces, ¿el gusano es suave?

—¡Síií, muy suave! —respondía con tono divertido—. ¡Mira! Está a punto de convertirse en mariposa. ¿Sabes, cariño? Los gusanos de seda se construyen casitas para, allí, convertirse en bonitas mariposas.

—¡Pero si es un gusano! ¿Por qué le crecen alas?

—Porque necesitan crecer, evolucionar…

—¿Y cómo es posible que cambien ahí dentro? ¡Es una casita muy pequeña!

Su madre, entre risas y sin poder dar respuesta a su hija, una vez más contestó:

—¡Y qué más da! Es un misterio…¡Si te gusta, disfrútalo, Martina!

A la pequeña le empezaba a resultar divertida la situación. Cada vez que mamá no sabía responder a sus preguntas de una manera sencilla, recurría a un «¡y qué más da!», manteniendo el misterio y haciendo volar su imaginación.

Al llegar a casa, el abuelo las esperaba para que, como de costumbre, su nieta le contase todo lo que había descubierto en su paseo.

Martina, con su dulzura e inocencia, comenzó a hablarle de la lluvia, el arcoíris, las mariposas… Mientras tanto, él reía con las ocurrencias de su nieta y el modo tan entrañable que tenía de contar las cosas.

Cuando terminó, orgulloso de ella, le acarició la cabeza y exclamó:

—Ay, cariño, ¡cómo pasa el tiempo! ¡Qué mayor estás ya! ¿Cómo puede ser que el tiempo se nos vaya tan rápido?

A lo que Martina, haciendo un guiño a su madre, respondió:

—¡Y qué más da, abuelo! ¡Disfrutemos de los misterios de la vida!

LOS MISTERIOS DE LA VIDA
SON REGALOS PARA ADMIRAR,
NO PARA DESVELAR.

LOS MISTERIOS DE LA VIDA SON REGALOS PARA ADMIRAR, NO PARA DESVELAR.

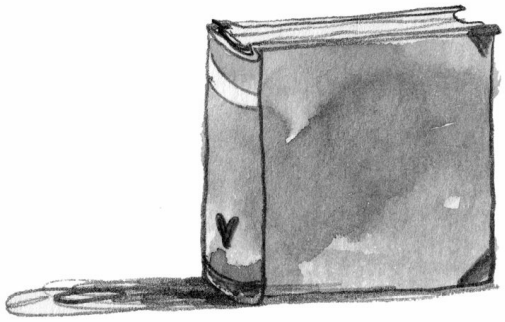
Las cosas más bonitas de la vida no necesitan ser explicadas. Sin embargo, vamos creciendo con la costumbre de preguntar el porqué de todo, sin dejar hueco al misterio, a la incertidumbre o a la creatividad. Enseñamos a los niños a esperar respuestas, no a que las descubran por sí mismos, pasando por alto que el misterio no es aquello que no se entiende, sino aquello de lo que todavía nos queda mucho por conocer.

Y es que, en ocasiones, es necesario vivir sin tener que comprenderlo todo y sin buscar una explicación lógica para cada cosa. A veces, algunas situaciones ocurren y, cuando pasan frente a nuestros ojos, basta con que las disfrutemos. Sin más.

Sin embargo, en nuestro afán de buscarle el truco a la vida, perdemos lo más esencial de ella: su magia. Olvidamos, también, que nuestra capacidad de asombro es el motor de la motivación. Pasamos por alto que añadir una mirada distinta a lo que está sucediendo tal vez aporte brillo e ilusión a nuestra forma de ver la vida.

Estaría bien que regaláramos esperanza e ilusión con un «no sé», «¡qué misterio!» o un «¡y qué más da!», en lugar de ofrecer una lista interminable de razones o motivos que describan aquello que, en esencia, nace para ser disfrutado y no explicado.

Estaría bien que no perdiéramos la bonita costumbre de admirar con ojos de niño lo que como adultos no podemos explicar.



LA REPARADORA DE ALAS ROTAS

La puerta estaba entreabierta y Rafael, apoyado en el marco, contemplaba una vez más la escena que se repetía desde hacía unos meses. Mencía, su única hija, sentada en el sofá de su habitación, miraba por la ventana con ojos tristes. Tras su ruptura con Álex, aún conservaba la esperanza de verlo regresar. Todo el invierno sin noticias suyas era demasiado tiempo echándole de menos, y nada lograba aliviar la angustia que sentía.

El brillo de Mencía se apagaba día tras día y, con él, también el de su padre, que ya no sabía qué hacer para ayudar a su hija a salir de esa situación.

Antes de que Álex se marchara, Mencía era una joven muy alegre, curiosa y amante de los libros. Uno de sus momentos más felices del día era cuando visitaba la biblioteca del pueblo o los lugares que tenían una historia detrás. Le encantaba saber la vida que había habido tras las paredes de un museo, de algún edificio antiguo o en lo que ahora eran unas ruinas abandonadas. Todas estas inquietudes se esfumaron con la partida de Álex.

Un día, en sus desesperados intentos por ver a su hija salir de aquella habitación, Rafael fue a la biblioteca. Tenía la esperanza de que el olor de los libros o las historias que contenían hicieran recuperar las ganas de Mencía de retomar su vida.

Entre las estanterías, encontró un libro cuyo lomo le llamó poderosamente la atención: *La reparadora de alas rotas.* Rafael, curioso, lo abrió y comenzó a leer la primera página:

> Cuenta la leyenda que en la cima más alta de la montaña más bonita del lugar, vivía una mujer famosa por su habilidad para coser. Recibía muchas visitas de todas las personas que necesitaban curar las heridas del corazón. Y es que tenía un don especial: con un poco de cariño, paciencia y atención iniciaba cualquier proceso de recuperación. Ella se hacía llamar «la reparadora de alas rotas.

Rafael se quedó en silencio. ¿Y si esa mujer existía de verdad? ¿Y si existía esa montaña? Ya en el salón de casa, Rafael abrió el libro y continuó leyéndolo. Una corazonada le decía que había encontrado la solución para su hija.

> Una vez adentrados en el bosque de los almendros, los visitantes podían observar cómo el camino se abría paso hacia una extensa colina que descansaba en la falda de aquella montaña. Un gran manto blanco se extendía a lo largo del camino y un olor dulce podía apreciarse a cada paso.

Rafael recordó sus interminables tardes de rutas junto a su padre cuando era joven y reconoció el sendero que se describía en el libro.

—¡Es el Sendero de los Almendros! —exclamó para sí mismo.

Recordó lo mágico de aquel paisaje que, cuando ya despunta la primavera, quedaba pintando de un intenso blanco gracias a esas peculiares flores que lo convertían en el camino más bello del lugar.

Sin dudarlo, guardó el libro y subió las escaleras para hablar con su hija.

—Cariño, me gustaría que me acompañaras a dar un paseo. ¡Nos vendrá bien un poco de aire fresco!

Mencía, con gesto melancólico, se encogió los hombros y se rindió ante lo evidente: Alex no regresaría ese día. Con dejadez, logró ponerse unos zapatos y decidió acompañarlo. Aunque la tristeza y la desgana inundaran su vida, era consciente de cuánto se esforzaba su padre en animarla, y quería compensarle el esfuerzo.

Padre e hija marcharon por la ruta que marcaba el libro. El silencio fue el protagonista principal durante casi todo el trayecto, pero Rafael era feliz con el simple hecho de tener a su hija a su lado. Al final del sendero se encontraron con una hermosa pradera.

—¿Sabes? A este lugar venía con mi padre cuando era joven. Es el Sendero de los Almendros. ¿Te gusta?

Su hija asintió con la cabeza, a pesar de no estar por la labor de disfrutar del paseo.

Cuando llegaron a la falda de la montaña, Rafael vio una casita cerca de la cima. «¿Vivirá ahí la reparadora de alas rotas?», pensó. Aligeraron el paso para llegar cuanto antes y, tras un rato caminando, llegaron frente a la puerta de la famosa casa del libro.

Como estaba abierta, decidieron pasar:

—¡Hola! ¿Hay alguien?

Una bonita cortina se abrió y apareció una señora de avanzada edad, bajita, encorvada y con una enorme sonrisa.

—Adelante, adelante… ¿Qué os trae por aquí?

Rafael pasó su mano por el hombro de Mencía y contó a la viejecita su preocupación por ella.

Tras observarla un instante, la anciana le dijo con tono tranquilizador:

—Entiendo que esté preocupado… Si ella quiere, puede quedarse unos días conmigo. ¡Será bienvenida! —Con un gesto cómplice, miró a Mencía y le preguntó—: ¿Qué me dices, querida?

Tras unos segundos de silencio, Mencía, entre dientes, se dirigió a su padre y le dijo:

—Papá, lo hago por ti.

Sin apenas contener las lágrimas de emoción, Rafael le dio un fuerte abrazo a su hija para agradecerle el esfuerzo que le suponía quedarse allí y se despidió de ella.

Una vez las dos solas, la anciana la acompañó al que sería su cuarto durante aquellos días y, sorprendentemente, tan solo se dirigió a ella para decirle:

—Si necesitas algo, estaré en la planta de abajo. ¡Descansa, querida!

Cansada de aquel día interminable, la joven cayó rendida en un largo y profundo sueño.

A la mañana siguiente se despertó temprano y más descansada de lo habitual. Tras abrir los ojos y recordar dónde estaba, se dirigió a la puerta y descubrió con sorpresa el suculento desayuno que le aguardaba. Al lado de la taza de café, podía verse una nota que decía: «Te espero abajo».

Una sensación de ternura recorrió su cuerpo. Hacía mucho tiempo que nadie, excepto su padre, la esperaba. Tras tomarse el café, bajó a la estancia principal. Allí encontró a la amable señora sentada en una mecedora junto a la ventana. La persiana estaba casi bajada; apenas entraba algo de luz por una rendija, pero, aun así, la anciana cosía una pequeña tela brillante. Sin apenas apartar la vista de su tarea la saludó:

—¡Buenos días! ¿Descansaste? —dijo acompañando sus palabras con un gesto de cabeza para indicarle que se acomodara junto a ella.

—¡Sí! Me quedé dormida enseguida —respondió Mencía con afabilidad—. ¡Gracias por el desayuno! —añadió.

La anciana continuaba su labor con el retal que tenía entre las manos. A su lado, Mencía observaba la delicadeza con la que aquella señora cosía. Era tal el mimo que ponía en cada puntada que se quedó prendada de su pericia y cariño.

Apenas intercambiaron palabra alguna en el largo rato que compartieron, sin embargo, no era necesario: la sola presencia de la anciana serenaba enormemente a Mencía.

No obstante, no podía dejar de preguntarse: «¿Por qué no subirá la persiana? Con la poca luz que hay, apenas debe ver…».

De pronto, como si tuviera el don de leer la mente, la anciana levantó la mirada y le dijo con dulzura:

—¿Sabes, Mencía? A veces lo vemos todo tan negro que pensamos que estamos a

oscuras. Sin embargo, lo que en realidad ocurre es que tenemos los ojos cerrados…

Esas palabras calaron en lo más hondo del corazón de la joven, quien solo encontró respuesta en el silencio.

—Cuando llevamos un tiempo viviendo en la oscuridad, es difícil para nuestros ojos volver a acostumbrarse a la luz. ¡Sin embargo, esto no significa que hayan perdido la capacidad de ver! Abrirlos requiere un esfuerzo, pero sin duda merece la pena.

Y, levantándose con cuidado, colocó su mecedora más cerca aún de la chica. El silencio volvió a reinar en la sala y, de alguna forma, incrementaba el volumen de los pensamientos de la joven.

—¡Parece difícil! —dijo de repente Mencía—. No sé si yo sería capaz de hacerlo...

—Somos capaces de muchas más cosas de las que imaginamos. ¡Solo necesitamos ponernos a ello! La voluntad es el músculo más fuerte que existe, pero es necesario entrenarlo.

Una vez más, las palabras de la anciana resonaron en su interior y, a medida que avanzaba la conversación, más confianza le inspiraba. Desconocía por qué transmitía tanta seguridad, pero sin duda le hacía sentir como si estuviera en casa y le apetecía compartir con ella la soledad que sentía en su corazón.

De pronto, la dulce señora, nuevamente, se adelantó a sus pensamientos:

—¿De qué material es ese lazo tan fuerte que te mantiene atada al pasado, Mencía?

Asombrada, la joven no supo qué contestar y de nuevo el silencio fue su mejor respuesta.

—Oscilar entre las añoranzas del pasado y los anhelos del futuro no harán que vuelva… Existe un tiempo para todo: para la nostalgia y para la esperanza. Pero ni una cosa ni la otra pueden durar eternamente, porque necesitamos vivir el momento presente, ¿no crees?

Cuando escuchó esto, unas lágrimas asomaron a los ojos de la chica. La señora acomodó con cariño su mano en una de las rodillas de Mencía y le dijo:

—Necesitamos permitirnos sacar afuera aquello que nos está dañando por dentro. Lo

que he aprendido durante todos estos años que he estado cosiendo es que hacer las paces con el pasado es uno de los hilos más resistentes que cose cualquier herida del alma.

Emocionada, Mencía salió a dar un paseo por los alrededores de la casa. Mientras caminaba, las palabras de la anciana resonaban una y otra vez en su cabeza. Perdió la cuenta del tiempo que estuvo paseando por aquel bosque, sin embargo, fueron las horas más reparadoras que había disfrutado en meses. Por primera vez, esa soledad no le hacía daño, sino que le ayudaba a rencontrarse con ella misma.

Juntas pasaron varios días más. Mencía sentía que a medida que compartía más tiempo con ella, más ganas tenía de recuperar su vida de antes de la partida de Álex. Pudo disfrutar de más paseos por la naturaleza, aprendió a coser, charlaban durante horas y, además, descubrió una enorme biblioteca que la anciana guardaba como un gran tesoro. ¡Volvió a leer y a buscar historias dentro de los libros como antes!

Llegó el día en que la joven esperaba que su padre volviera a buscarla. Esa mañana Mencía madrugó para recoger algunas flores frescas y hacer un bonito ramo con ellas para regalárselo a la mujer en señal de agradecimiento. Rafael llegó antes de lo previsto, y desde la valla de la casa, divisó a su hija. Para su sorpresa, vio a Mencía moverse con soltura. Estaba sonriente y mientras combinaba las flores para hacer un ramo, tarareaba una bonita canción.

Ella reparó enseguida en la presencia de su padre, y corrió a fundirse en un fuerte abrazo con él. No hizo falta que se dijeran nada: sus ojos hablaban por sí solos.

Entraron en la casa y, de nuevo, tras la cortina, encontraron a la amable señora.

—¡Gracias! No sé cómo podré pagarle lo que ha hecho por nosotros —dijo Rafael con la voz entrecortada.

Mencía se acercó a la anciana y, ofreciéndole el ramo de flores, le dio un tierno beso en la mejilla.

Al salir por la puerta, observó un pequeño cartel que, hasta ese momento, le había pasado desapercibo. En él podía leerse: LA REPARADORA DE ALAS ROTAS.

—¿Por qué te llaman así? —preguntó con curiosidad Mencía.

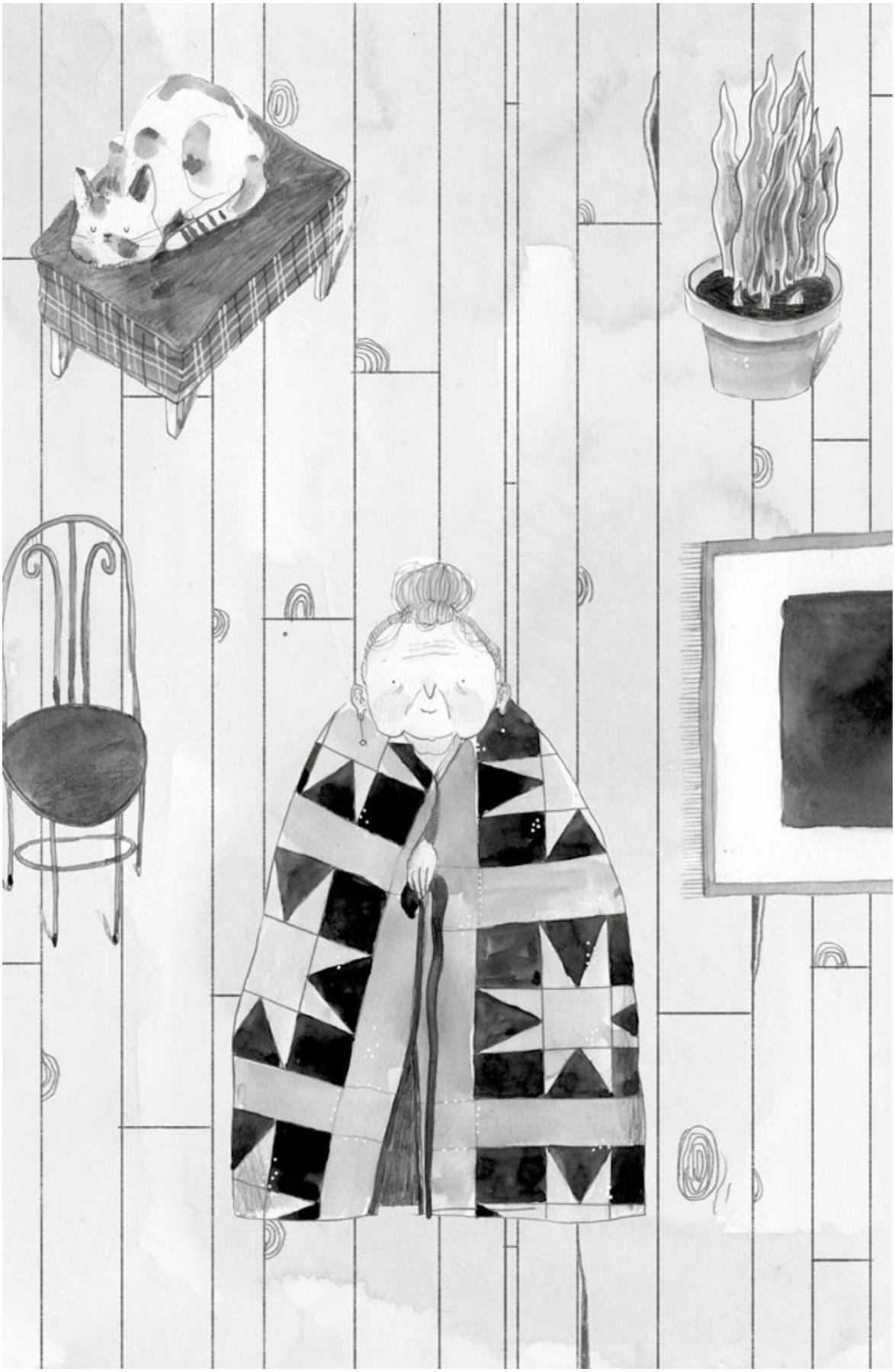
La anciana, con la ternura que la caracterizaba, respondió:

—Siempre he pensado que todas las personas somos muy parecidas a las luciérnagas: capaces de brillar en la oscuridad. Sin embargo, a veces no nos damos cuenta de nuestro verdadero brillo.

Tras una breve pausa, añadió:

—Yo solo reparo un poquito las alas para que, en los momentos oscuros, las personas puedan brillar con fuerza y reanudar su vuelo.

REPARAR ALAS ROTAS ES COSER, CON HILOS DE PACIENCIA Y COMPRENSIÓN, LAS COSTURAS DE LA VIDA QUE SE ABREN CADA VEZ QUE DAS UN PASO AL FRENTE Y, CON TODO, DECIDES VIVIRLA.



REPARAR ALAS ROTAS ES COSER, CON HILOS DE PACIENCIA Y COMPRENSIÓN, LAS COSTURAS DE LA VIDA QUE SE ABREN CADA VEZ QUE DAS UN PASO AL FRENTE Y, CON TODO, DECIDES VIVIRLA.

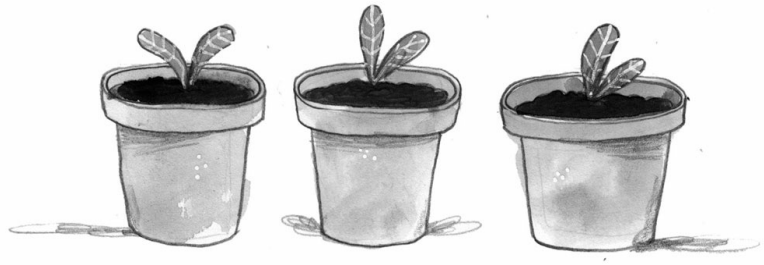
Todas las personas tenemos un par de alas que, aunque pasen desapercibidas a simple vista, se sienten en situaciones muy diversas: en ocasiones, las sentimos cuando están fuertes para soportar cualquier revés de la vida, otras veces cuando están ligeras y nos ayudan a alzar el vuelo, y, especialmente, cuando están rasgadas y nos impiden avanzar en el camino.

En algunos momentos, somos nosotros mismos quienes podemos aplicarnos un buen vendaje y continuar nuestro vuelo. Sin embargo, otras veces, es necesaria la ayuda de otra persona a nuestro lado para repararlas.

Y es que, en compañía, ese proceso suele ser más llevadero. Lo difícil es encontrar un corazón dispuesto a acompañarnos en esa travesía. Alguien que, con su sola presencia, nos indique que pronto ese dolor pasará. Alguien que en silencio nos escuche, pues cuando esto ocurre, siempre sobran las palabras. Alguien que nos observe y comprenda sin juzgarnos por aquello que hicimos en algún momento. Alguien que, con solo mirarnos, sea posible sentir su abrazo incondicional.

Alguien capaz de regalarnos cielo porque sabe que tenemos unas alas preciosas que necesitan ser cuidadas con cariño, ternura y comprensión.

A esas personas, siempre, bien cerca.



UNA COMARCA MEJORADA

Érase una vez tres pueblos enfrentados: Villa Arriba, Villa Enmedio y Villa Abajo. La distancia entre ellos era muy pequeña, sin embargo, habían creado grandes muros de separación, motivados por su enorme rivalidad. Su desencuentro venía originado por ver cuál de los tres era el pueblo con los mejores árboles de la región.

En Villa Arriba presumían de tener los mejores árboles frutales; en Villa Enmedio alardeaban de que sus árboles exóticos habían sido los más galardonados durante años; mientras que en Villa Abajo mostraban orgullosos los árboles con los frutos secos más exquisitos.

Cada pueblo pensaba que sus árboles daban los mejores frutos y, por tanto, que disponían de los alimentos más saludables que las personas podían consumir. Tras mucho tiempo defendiendo con ímpetu su especialidad sin llegar a ningún acuerdo, el enfrentamiento llegó a tal punto que en cada pueblo solo consumían sus propios frutos.

Los efectos negativos no tardaron en manifestarse en la salud de los vecinos, puesto que su alimentación carecía de los nutrientes necesarios.

Un científico, conocedor de la situación, empezó a investigar cómo poder manipular genéticamente los árboles. Su objetivo era claro: que cualquier árbol pudiera dar todos los frutos posibles. De esa forma se conseguiría la independencia de cada pueblo, y la

dieta sería sana y diversa en todos, sin que nadie dependería de nadie.

La búsqueda no resultó sencilla, el tiempo transcurría y los complicados ensayos no daban los resultados esperados. La situación se agravaba por momentos: la población enfermaba cada vez con mayor frecuencia y la esperanza de vida se reducía en los tres pueblos.

Al fin, tras muchos meses de intensa búsqueda, el investigador dio con la fórmula y consiguió transferir un nuevo ADN a cada árbol. Incorporó a cada especie nueva información genética consiguiendo así el milagro: que todos los árboles dieran cualquier tipo de fruto.

La noticia no tardó en expandirse. Fue aplaudido, vitoreado… ¡Incluso salió en todos los noticiarios! Parecía que aquel descubrimiento sería un punto de inflexión en la historia de la comarca. Nadie pensó que aquella brillante idea pudiera tener algunas consecuencias diferentes a las esperadas.

La manipulación de las especies logró que los árboles dieran a la vez peras, mangos y nueces, pero también hizo que los árboles no crecieran de la manera esperada. Algunos se quedaron enanos, otros crecían solo por un lado, otros lo hacían desmesuradamente e incluso algunos se empezaron a secar. Además, el sabor de los frutos obtenidos tampoco eran los esperados. En las tres villas todos los árboles eran iguales, sin embargo, sus frutos eran insípidos al haber perdido sus propiedades.

Este hecho supuso que se reunieran, por primera vez en mucho tiempo, un representante de cada pueblo. Todos eran conscientes de la gravedad de la situación y, aunque declinaban cualquier tipo de acercamiento, necesitaban encontrar una solución para la supervivencia de todos los habitantes.

La reunión comenzó, como de costumbre, buscando al culpable de haber llegado a esta situación:

—Por vuestra culpa, nuestro pueblo no puede disfrutar de los exquisitos sabores de las naranjas, las manzanas y las cerezas —comenzó gritando el representante de Villa Arriba.

—Si vosotros hubierais reconocido que nuestros árboles eran los mejores, no habríamos llegado a esta situación… —recriminó el alcalde de Villa Abajo a continuación.

—¡Basta! —interrumpió el mandamás de Villa Enmedio—. Este enfrentamiento no nos va a llevar a ninguna parte y, además, estamos en una situación crítica. Antes podíamos presumir de que nuestros árboles eran envidiados por todo el mundo, y ahora ni siquiera podemos disfrutar de nuestros propios alimentos. Y lo que es peor: ¡hemos perdido hasta nuestra propia identidad!

Cabizbajos, los representantes de las otras dos villas escuchaban con atención.

—¿Por qué no dejamos de una vez este absurdo enfrentamiento? Teníamos los mejores árboles que se podían tener, ¡cada uno de su especie! No podemos determinar qué árbol es mejor porque son árboles distintos. ¿Por qué no nos dedicamos a cultivar aquello que crece de manera abundante y saludable en nuestras tierras sin importarnos lo que siembren los demás?

Tras un intenso silencio, los tres se buscaron con las miradas en señal de asentimiento.

Y fue entonces cuando cada pueblo decidió regresar a sus anteriores costumbres y cultivar el tipo de árbol que sabían que crecía fuerte y sano. Todo volvió a la normalidad, salvo por una diferencia: empezaron a compartir los frutos entre ellos y, de este modo, todos disfrutaron de sus beneficios.

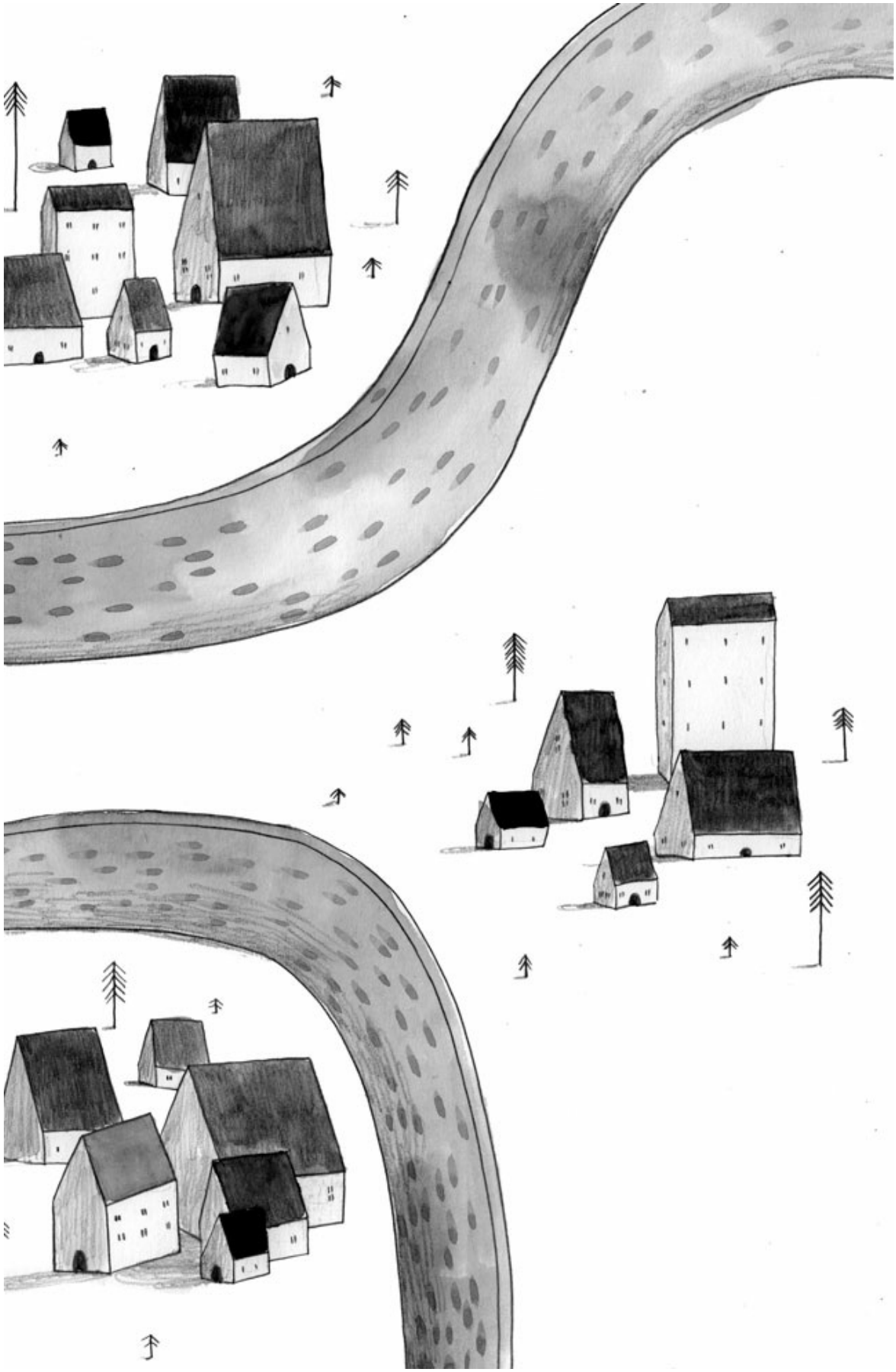
Al poco tiempo, en todos los pueblos volvían a verse sus árboles creciendo altos, fuertes y sanos. Tanto fue el esfuerzo que destinaron a ello que incluso consiguieron sacar una versión mejorada de sus propios frutales.

De este modo, consiguieron el mejor peral de todos los perales posibles, el mejor mango de todos los mangos posibles y el mejor avellano de todos los avellanos posibles… y los tres pueblos disfrutaron de todos ellos.

Finalmente, los habitantes no solo se beneficiaron de sus frutos, sino también de sus

paisajes, pues derrumbaron todas las barreras existentes entre ellos, unificándose y convirtiéndose en un mismo pueblo, donde, ahora sí, tenían los mejores árboles frutales del país: VILLAMEJOR.

NO SE TRATA DE ESFORZARNOS EN SER AQUELLO QUE NO SOMOS, SINO DE HACER LO POSIBLE POR MEJORAR AQUELLO QUE YA SOMOS.



NO SE TRATA DE ESFORZARNOS EN SER AQUELLO QUE NO SOMOS, SINO DE HACER LO POSIBLE POR MEJORAR AQUELLO QUE YA SOMOS.

¿Y si un día te levantaras y te dieras cuenta de que eres una persona que no reconoces? ¿Y si un día miraras a tu alrededor y te sorprendieras al ver que tampoco reconoces a aquellos que tienes cerca?

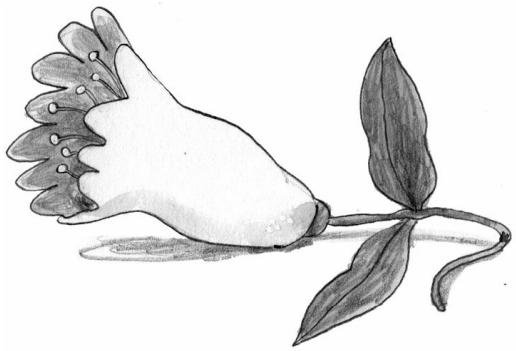
Muchas veces cambiamos porque sentimos la necesidad de hacer las cosas diferentes, sin embargo, en otras ocasiones lo hacemos para ajustarnos a lo que otros esperan de nosotros, y, poco a poco, perdimos nuestra esencia.

Y es que ya lo dice el refrán: «No se pueden pedir peras al olmo». Y quien dice olmo dice personas.

Quizá la clave esté en aceptar nuestras limitaciones con la misma naturalidad con la que aceptamos nuestras cualidades. Dejar de mirar de reojo aquello que no tenemos y dedicarle energía y atención a aquello que, por naturaleza, ya poseemos. Y reforzarlo. Potenciarlo. Mejorarlo.

Ser una versión mejorada de nuestra propia versión. Y, si de cumplir expectativas se trata, que sean las de la persona más importante de tu vida:

Tú mismo.



LA CONDENA DE ARIADNA

Ariadna era una pequeña hada que habitaba en el Bosque Azul, un lugar encantado en el que vivían, junto al resto de animales, toda clase de seres mágicos: duendes, hadas, brujas…

A la pequeña hada le encantaba vivir en aquel bosque porque en él tenía todo cuanto necesitaba. Sus días transcurrían corriendo detrás de las mariposas, escondiéndose entre las setas y jugando con su mejor amiga Pía, una colibrí que revoloteaba por allí. Desde el momento en que se conocieron, se convirtieron en inseparables, compartiendo cada día risas, flores y miel.

Una de sus tardes de paseo, Ariadna hizo aquello que nunca debe hacer un hada los días de luna llena: cortar una flor. Pero no cualquier tipo de flor, sino una especie muy preciada en el Bosque Azul: la flor de Heliconia, una bella flor roja en peligro de extinción.

En ese instante, una maldición cayó sobre Ariadna: viviría siendo un árbol de por vida. En cuestión de segundos, pasó de ser una bella hada a convertirse en un frondoso árbol; de correr tras las mariposas, a echar raíces sobre terreno firme. Al principio luchaba para volver a su condición de hada, pero sus esfuerzos no servían de nada.

Ariadna trataba de liberarse y, sin embargo, sentía que las ramas amarraban y oprimían su cuerpo. Por muchas energías que dedicara a romper el conjuro y regresar a su antigua piel, la gruesa corteza del árbol no se lo permitía. Atrapada, solo podía observar cómo su amiga Pía, junto a las mariposas y los duendes la buscaban desesperadamente. Nadie en el Bosque Azul reparó en este nuevo árbol, pero todos echaban de menos a su amiga Ariadna.

—¡¡¡Ariadnaaaaaa!!! ¿Dónde estáááás? —Podía escucharse de fondo.

Cuando Ariadna escuchaba a sus amigos llamarla a gritos, se esforzaba aún más para deshacerse de la maldición, pero lo único que conseguía era sentirse más angustiada, pues su nuevo cuerpo era demasiado robusto como para romperlo.

Ante la desesperanza de no encontrar a su amiga, Pía pasaba las horas apoyada sobre una rama esperando un milagro. Lo que la pequeña colibrí no sabía era que la rama sobre la que descansaba era de su amiga el hada. Ariadna intentaba enviarle alguna señal forcejeando desde dentro, pero no lograba ni tan siquiera mover una hoja.

El desánimo inundaba el corazón de Ariadna, que, a pesar de haberse convertido en un árbol frondoso, iba perdiendo poco a poco su vitalidad. Con la llegada del otoño, empezó a perder sus hojas y, junto a ellas, su esperanza de romper el hechizo. Su vida cada vez era más triste y solitaria. Incluso Pía dejó de acudir a sus ramas para descansar, pues, a medida que pasaba el tiempo, su corteza cada vez estaba más seca y rasposa.

Con la ausencia de Pía sobre sus ramas, Ariadna llegó al límite de lo que su corazón podía soportar y rompió a llorar. El desconsuelo era de tal magnitud que sus lágrimas brotaron durante horas y horas sin parar y se formó un charco enorme a los pies de su tronco. Había estado demasiado tiempo conteniendo su pena…

Tras una larga noche de lágrimas, Ariadna cayó rendida ante semejante dolor. A la mañana siguiente, cuando despertó, ocurrió un milagro: una diminuta flor brotó de la tierra que la rodeaba. A su lado, podían verse unos brotes que, al día siguiente, se convirtieron en preciosas flores blancas. Las lágrimas de Ariadna habían regado el suelo y habían conseguido que brotaran a su alrededor flores de una nueva especie de gran

belleza. Al cabo de unos días, era el árbol más bonito del Bosque Azul.

Poco a poco, fue recuperando sus exuberantes ramajes y, gracias a ello y a la diversidad de sus coloridas flores, el árbol de Ariadna se convirtió en un magnífico lugar donde pasar las horas. Podían apreciarse diversos animalillos cerca de él y, tras un tiempo, incluso Pía volvió a posar sus pequeñas patitas sobre sus ramas.

Ariadna, feliz de rencontrarse con su amiga, volvió a sonreír en su interior y, a pesar de no poder deshacerse del hechizo, comenzó a disfrutar en silencio de la compañía de Pía.

En lo más profundo de su corazón de hada, entendió que luchar contra lo inevitable no le devolvería a su vida pasada y, a pesar de que la nostalgia la visitaba algunos días, aceptó su nueva condición. A partir de entonces, Ariadna creció siendo el árbol más bonito del Bosque Azul.

NO PODEMOS CAMBIAR TODO AQUELLO QUE NOS OCURRE, PERO SÍ PODEMOS ELEGIR CÓMO VIVIMOS LO QUE NOS OCURRE.

NO PODEMOS CAMBIAR TODO AQUELLO QUE NOS OCURRE, PERO SÍ PODEMOS ELEGIR CÓMO VIVIMOS LO QUE NOS OCURRE.

En ocasiones, aquello que hace realmente frágil a un espejo no es el cristal en sí mismo, sino la fuerza con la que impacta al caer. Lo mismo ocurre con las personas: la forma de gestionar los impactos emocionales será lo que nos hará frágiles o, por el contrario, vulnerables. Fragilidad y vulnerabilidad son conceptos muy diferentes que, con demasiada frecuencia, tienden a asociarse como palabras con significado común. Si bien la fragilidad es la capacidad de romperse fácilmente, la vulnerabilidad supone un gesto de fortaleza al reconocerte una persona con la capacidad de regenerarse tras los golpes.

Admitir que se es vulnerable es uno de los mayores gestos de valentía. Pedir ayuda, derrumbarse por momentos, equivocarse en el intento y reconocer tu miedo son formas de dar un paso al frente. A ser valiente se aprende practicando, y la base de la valentía es la autenticidad: solo cuando soy auténtico y reconozco mi vulnerabilidad, la esencia del coraje aparece en mis actos.

Sin embargo, lejos de vivir plenamente nuestras emociones, tendemos a acallarlas por la incomodidad que supone permitirnos sentir el dolor. No estamos acostumbrados a percibirlo con intensidad y, en consecuencia, tendemos a anestesiarlo. No obstante, esto no significa más que luchar contra lo inevitable, porque tapar sentimientos de cualquier índole puede ocasionar el efecto contrario: lo que se tapa tiende a salir con más fuerza en

el momento menos oportuno, con la persona menos indicada.

Pero, cuando menos te lo esperas, todo fluye, se recoloca, se acepta y, de este modo, se puede empezar a disfrutar. Y, cuando esto ocurre, comprobamos que somos capaces de resurgir de la adversidad y mirar con otros ojos aquello que acontece en nuestra vida.

Aquello que aceptas te libera, te transforma.

UNA AVENTURA ENTRE HORMIGAS

Esta es la historia de Zoe, Ona y Telma, tres hormigas cuya amistad perduraba desde el día en que se conocieron en el hormiguero de uno de los parques más bonitos de la ciudad.

A simple vista, todas las hormigas pueden parecer iguales y llevar una semejante y monótona vida: paseos matutinos por la tierra, recogida de comida de cualquier lugar, un poco de descanso y tertulia entre ellas, y, de nuevo, regreso al hormiguero hasta el día siguiente. Sin embargo, sus intereses son bien diferentes.

Zoe, que siempre destacó por su espíritu aventurero, aprovechó el paseo con sus amigas para hacerles una propuesta:

—¡Chicas! ¿Y si empezamos nuestra vida en un nuevo hormiguero? O, mejor aún, ¿y si creamos uno para nosotras?

La respuesta de Ona y Telma no se hizo esperar:

—¡Estás loca! —respondió una.

—¿Y si no sale bien? —añadió la otra.

La hormiga aventurera, experta en hacer cosas diferentes, encontró la forma de

enumerar a sus compañeras los numerosos beneficios que podría tener la nueva situación.

—Me han hablado de un árbol cerca del bosque con multitud de surcos que podemos colonizar. Allí encontraremos más comida y mucho néctar porque está rodeado de flores y plantas. ¡Es nuestra oportunidad!

Aunque tenía miedo de dejar el hormiguero, Ona se sumó a la idea de Zoe. Entre las dos convencieron a Telma, que, mucho más escéptica y miedosa, decidió unirse a ellas para no quedarse sola.

Zoe, Ona y Telma se marcharon del nido en busca de un «lugar mejor». Llegaron al ansiado parque y, viendo las muchas posibilidades de conseguir alimento fácil, se instalaron en uno de los árboles. Aunque hicieron su casa en la corteza, salían frecuentemente a beneficiarse de los rayos del sol debido al buen tiempo de la época elegida.

Un día, cuando charlaban entre ellas tranquilamente al sol, algo les cayó encima. Sintieron un fuerte dolor en tres de sus patas y la mitad de su tórax y, al cabo de unos segundos, se percataron de que lo que había caído sobre ellas era la cáscara de una pipa.

¿Cómo reaccionó Telma?

—¡Si es que todo me pasa a mí! ¿Para qué ando buscando nuevas aventuras con lo bien que se está en casa? —Y maldiciendo su mala suerte, siguió atrapada por aquella cáscara hasta que, al día siguiente, el barrendero hizo su trabajo.

¿Cómo terminó la historia?

Telma murió asfixiada en una bolsa de basura. Con su actitud, dio la razón a aquellos que le habían aconsejado seguir con su monótona y aburrida vida de hormiga.

¿Cómo reaccionó Ona?

—¡Qué sucios son los humanos! Mira que tirar pipas al suelo. Qué desfachatez… —Y

mientras no paraba de protestar, se quitó como pudo la cáscara de encima y se volvió a tumbar al sol, pero unos centímetros más alejada del lugar del incidente. Pensó que allí estaría fuera de peligro.

¿Cómo terminó la historia?

Ona no acababa de disfrutar del sol. Cada cierto tiempo, «algo» le caía encima y tenía que trasladarse a otro lugar. Eso sí: siempre lo hacía a unos centímetros de distancia del problema. Y, centímetro a centímetro, terminó saliéndose del parque.

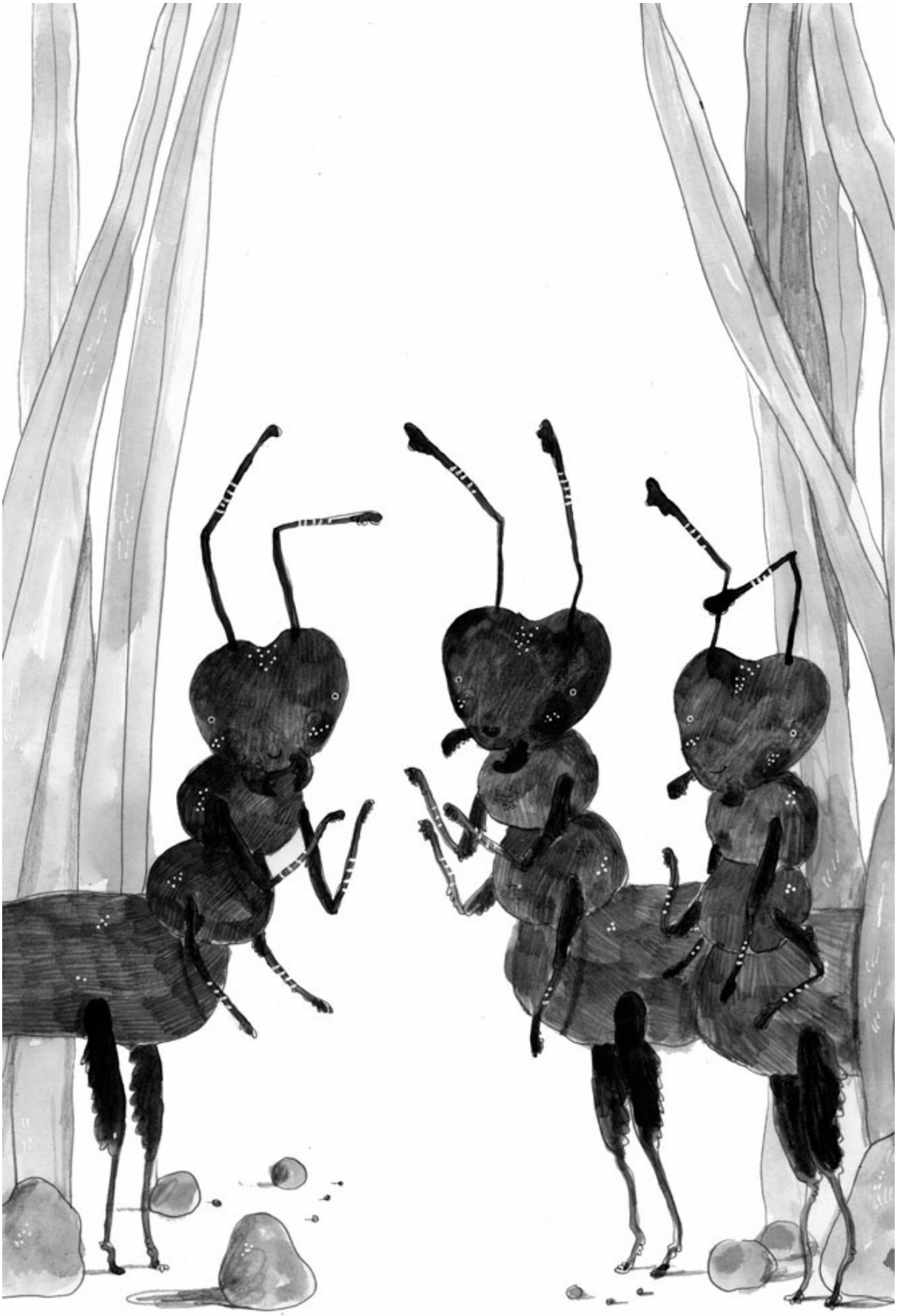
¿Cómo reaccionó Zoe?

—¡Menudo susto! ¿Qué será esto? ¡No me lo puedo creer! Hoy es mi día de suerte. ¿Una cáscara de pipa? ¡Qué suerte he tenido de que haya caído justo encima de mí! Este es el destino, que quiere que cumpla mi sueño… ¿No habrá por aquí algún palito?

¿Cómo terminó la historia?

Zoe encontró un palo y, junto a un trozo de plástico que también descubrió en el suelo, se construyó un barquito y navegó por el charco que se formaba con el riego de los árboles y que tantas veces había deseado surcar.

EXISTEN TRES TIPOS DE PERSONAS:
LAS QUE NO SE MUEVEN EN ABSOLUTO,
LAS QUE SE MUEVEN LO JUSTO Y NECESARIO Y LAS QUE SIEMPRE ENCUENTRAN UNA OPORTUNIDAD.



LAS QUE SE MUEVEN LO JUSTO Y NECESARIO Y LAS QUE SIEMPRE ENCUENTRAN UNA OPORTUNIDAD.

Dicen que la esperanza es lo último que se pierde y que lo bueno siempre está por venir…, pero esto es así ¡solo si sales a su encuentro!, claro. Sin embargo, en infinidad de ocasiones, adoptamos otras dos posturas bien diferentes: o esperamos a que los astros se alineen y el universo confluya *a nuestro favor* para que las cosas salgan como queremos o nos quejamos durante días de nuestra *mala suerte* evitando hacer algo diferente y, en consecuencia, seguimos lamentándonos por aquello que podría ser y no es.

¿Y si dejamos de lamentarnos y hacemos algo para cambiar el rumbo de las cosas? ¿Y si, en lugar de esperar un milagro, contribuimos a que el milagro aparezca? ¿Y si, en lugar de caer en el conformismo, empezamos a hacer las cosas de manera distinta?

Cada uno de nosotros tenemos la capacidad de elegir. O, al menos, así debería ser. Sin embargo, a veces se nos olvida y dejamos que las circunstancias decidan por nosotros, pasando por alto que aquello que hacemos o no hacemos y aquello que decimos o no decimos tienen consecuencias en el entorno y en nuestro interior.

La vida no es para los que esperan pacientemente, sino para los que buscan activamente.

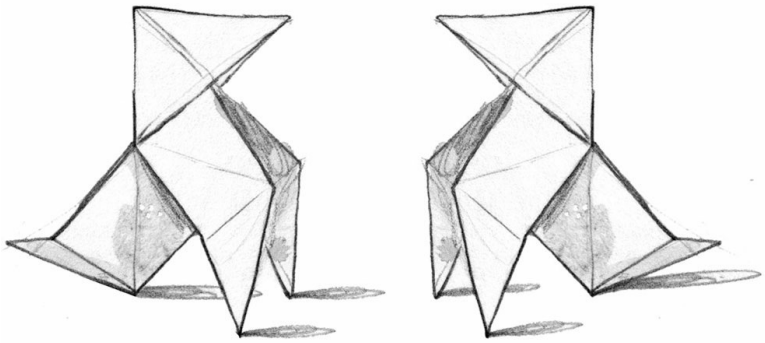
Aprovecha cualquier oportunidad que *la vida* te brinde para exprimirla al máximo y sacarle el mejor partido.

Solo necesitas sentirte fuerte, valiente y merecedor de un presente diferente y un futuro mejor.

Recuerda que cuando sabes qué quieres encuentras la manera de conseguirlo y disfrutarlo: tan solo hay que tener el valor de dar el primer paso.

Decide qué sí, qué no, qué nunca y qué siempre.

Pero decide tú.



PAJARITAS DE PAPEL

De entre todos los regalos que Hugo recibió en su décimo cumpleaños, el que mayor ilusión le hizo fue un bonito libro de papiroflexia. Hasta ese momento nunca se había planteado jugar con el papel de ese modo, sin embargo, ahora no podía parar de hojear el libro. ¡Le llamaba tanto la atención que con simples movimientos se pudieran construir todas aquellas figuras…!

El manual estaba lleno de espectaculares flores en multitud de variantes, divertidos sombreros de formas diferentes, simpáticas ranas que parecían genuinas y bellas pajaritas que en cualquier momento podrían a echar a volar.

Hugo decidió empezar con estas últimas. Despejó su mesa de cualquier objeto que pudiera dificultarle la tarea y mantuvo solo aquello que iba a necesitar: unos folios de colores perfectamente cortados y el gran libro donde se indicaban los pasos que había que seguir.

Era la primera vez que hacía pajaritas, así que la papelera se fue llenando de papeles arrugados que revelaban que algo había salido mal, aunque al final, con paciencia y mucha delicadeza, Hugo consiguió terminar la primera.

Orgulloso de su creación, no paraba de contemplar cada vértice de la figura y la

belleza del color rojo del folio que le daba forma.

«¡Parece incluso que me sonríe!», pensó.

Hugo decidió colocarla en la estantería situada encima de su escritorio para poder contemplarla y que, además, le sirviera de referente para las siguientes.

Dispuesto a aumentar su colección, cogió otro folio y, con sumo cuidado, comenzó a hacer delicados dobleces siguiendo las pautas indicadas. Al momento, Hugo tenía una nueva pajarita entre sus manos. A la roja, le siguió una rosa, luego una azul, otra verde… Y, casi sin darse cuenta, la estantería estaba repleta de idénticas pajaritas que simulaban una bandada de pájaros esperando alzar su vuelo.

De pronto, la ventana de la habitación se abrió con fuerza y una ráfaga de viento esparció las creaciones de Hugo por toda la estancia. Con premura, las recogió y las organizó de nuevo en la repisa hasta dejarlas bien colocadas.

Al retomar la pajarita, de un bonito color verde manzana, que dejó a medias tras la ventolera, Hugo realizó sin querer un movimiento distinto, dando lugar a una pajarita diferente. Por momentos, pensó en desecharla, pero, finalmente, decidió colocarla en la estantería junto a todas las demás.

En ese instante, la pajarita verde comenzó a revolotear alrededor del cuarto y terminó posándose sobre una de las vigas de madera del techo. De un salto, Hugo se levantó de la silla y comenzó a mirar con atención lo que estaba ocurriendo. Desde allí arriba, la pajarita no paraba de observarle y él, nervioso, salió de la habitación. Escondido tras la puerta, se asomó para ver si la pajarita continuaba en el mismo lugar. Tras comprobar que no se había movido, se armó de valor y regresó a su silla para hacer otra figura. Tomó otro papel, lo dobló cuidadosamente y, muy despacio, colocó la nueva pajarita sobre la estantería intrigado por ver qué ocurriría. No sucedió nada, aquella pajarita permaneció inmóvil, como las diecisiete pajaritas restantes que adornaban ahora la estantería de la habitación.

—¡No lo entiendo! —se decía una y otra vez.

En su desesperado intento por desvelar el misterio del vuelo de la pajarita verde, Hugo

elaboró numerosas figuras de diferentes colores que, llegado cierto momento, comenzaron a caer de la estantería al no haber suficiente espacio para ellas.

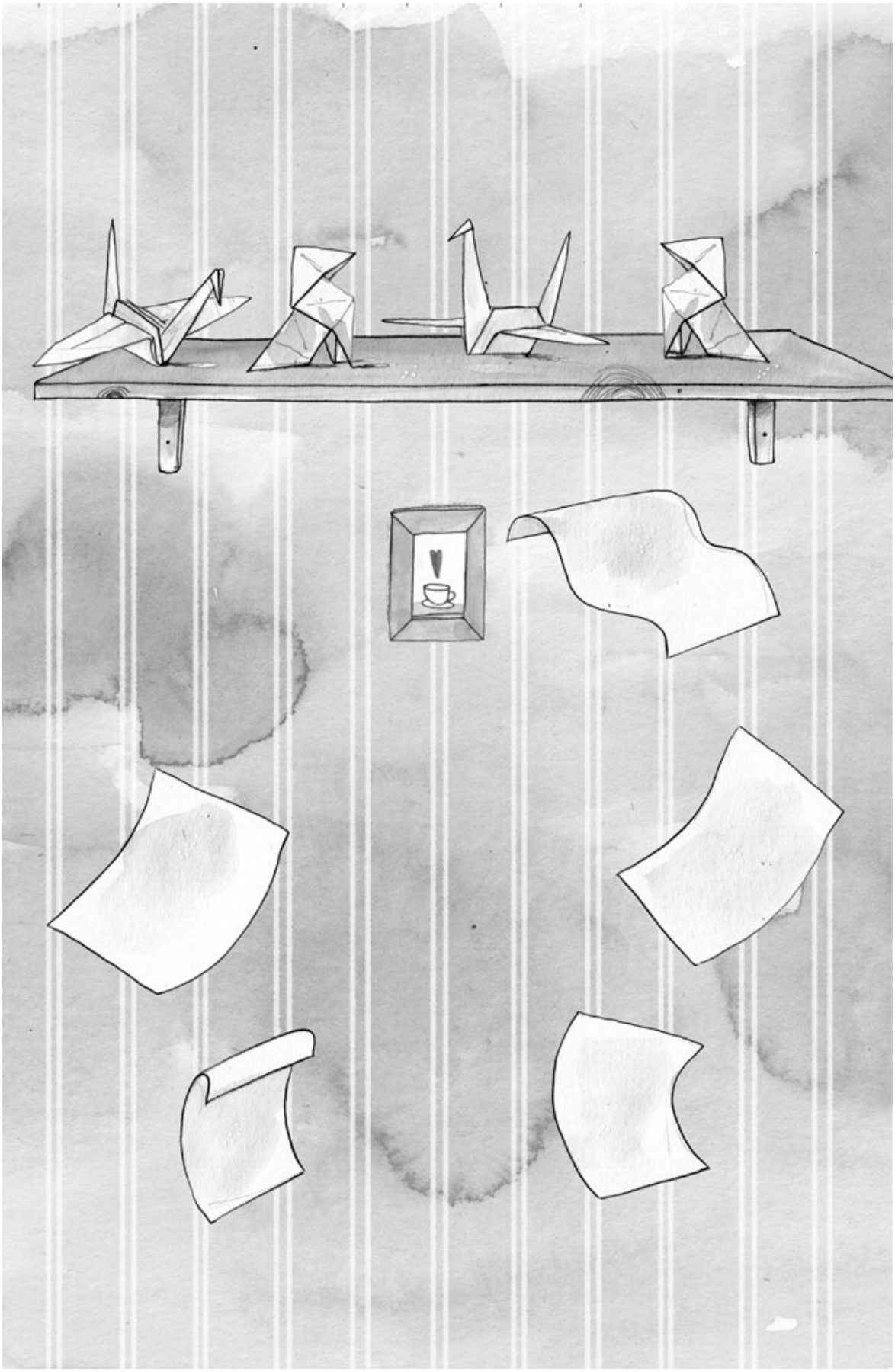
De pronto, sucedió de nuevo: tras colocar en el estante una nueva pajarita, esta salió volando y se posó sobre otra de las vigas del techo.

Durante un largo rato, Hugo estuvo intentando reproducir en su mente paso a paso cada uno de los movimientos que había realizado con la intención de averiguar por qué esas dos pajaritas habían echado a volar. En ese momento, la ventana volvió a abrirse bruscamente dejando entrar otra bocanada de aire que, de nuevo, desorganizó la estancia. Lejos de correr a poner orden, Hugo tomó con decisión un nuevo papel y comenzó a plegarlo con pericia. Tras unos instantes, una sonrisa triunfal hacía presagiar el descubrimiento: «¡Lo tengo, lo tengo!».

Cada pajarita que hacía diferente cobraba vida.

Casi sin darse cuenta, Hugo había descubierto en qué consiste la grandeza de las personas:

TODOS TENEMOS ALGO QUE NOS HACE ÚNICOS Y ESO ES LO QUE NOS PERMITE VOLAR.



TODOS TENEMOS ALGO QUE NOS HACE ÚNICOS Y ESO ES LO QUE NOS PERMITE VOLAR.

Un diamante, por su naturaleza mineral, no sabe que es diamante. Sin embargo, cuando entra en contacto con la luz, la mirada ajena lo percibe como una «piedra preciosa».

¿Acaso no ocurre algo similar con las personas?

Nacemos únicos e irrepetibles y, con el paso del tiempo y las experiencias, nos vamos diferenciando cada vez más. Sin embargo, a medida que crecemos suele ser frecuente caer en una contradicción: queremos sentirnos especiales intentando parecernos a los otros.

Y, entonces, aquello que nos hacía exclusivos se difumina, se desdibuja o se pierde por culpa de nuestro deseo de ser como los demás.

Pero lo cierto es que esas diferencias son las que nos hacen verdaderamente bellos y es la singularidad de nuestra identidad la que define la parte más auténtica de nosotros.

No hemos nacido para asemejarnos a nadie, sino para vivir nuestra esencia en su mayor resplandor: como ese diamante que, sin saber cuánto vale, ve alumbradas sus partes más únicas, bonitas y desconocidas por un haz de luz.

Aquello que nos diferencia nos hace especiales.

Y entonces ocurre la magia.

EL MISMO CUENTO DE SIEMPRE, OTRA VEZ

Érase otra vez una bella chica de inmensos ojos verdes, largas pestañas y abundante melena ondulada llamada Claudicienta. Sus días transcurrían limpiando la casa de su madrastra mientras soñaba con vivir en un castillo junto a un apuesto príncipe.

Cierto día, mientras faenaba como de costumbre, ocurrió aquello que llevaba tanto tiempo soñando: recibió una bonita carta decorada con un sello real. Poco parecían importarle los aderezos de aquel sobre, ya que, apresuradamente, lo rompió para descubrir qué contenía en su interior.

Estimada Claudicienta:
Nos complace invitarle al baile oficial que el príncipe organizará el próximo sábado con el fin de elegir a la futura esposa y reina del lugar.
Deseamos sea de su agrado esta invitación y poder contar con su presencia en dicho acto.

Atentamente,
La Casa Real

Claudicienta, muy contenta con la noticia, empezó a imaginarse cómo sería casarse

con un príncipe. ¡Lo había leído tantas veces en los cuentos…! Viviría una historia de amor verdadero con un apuesto caballero que la cuidaría con grandes gestos de cariño y vivirían en su castillo felices para siempre.

Sin embargo, sus ilusiones se desplomaron cuando su madrastra le prohibió asistir a tal evento por considerar que una plebeya como ella no era digna de tal celebración.

Sumida en un mar de lágrimas el día del acontecimiento, Claudicienta yacía en el suelo mientras se sentía la persona más desdichada del lugar. Entre lamento y lamento, escuchó un extraño ruido y, al levantar la cabeza, encontró frente a ella a una desconocida, que, tras unos segundos mirándola fijamente, se dirigió a ella con gesto amable:

—¡Hola, querida! Soy Mery, tu hada madrina y he venido para que puedas ir al baile.

Claudicienta frotó sus ojos para asegurarse de que aquello que le estaba ocurriendo era real: una mujer vestida con vaqueros, cazadora de cuero y unas Martens esperaba a que pronunciara sus tres deseos.

—¿Mi hada madrina? ¿Tú? —preguntó, escéptica.

Tras una breve pausa, añadió:

—¿Y dónde está tu varita? ¡En todos los cuentos el hada madrina tiene una varita para hacer que suceda el milagro!

Mery resopló en señal de aburrimiento al escuchar la misma historia de siempre. Sin más explicaciones, improvisó una varita y le dijo con firmeza:

—¡Venga! ¡Te concedo tres deseos!

Claudicienta no dudó en responderle con premura, pues temía que el hada madrina, algo altiva, decidiera marcharse sin cumplir su misión.

—Quiero el vestido más bonito del mundo… Una carroza preciosa… ¡Y unos espectaculares zapatos de cristal!

Mery agitó tres veces su falsa varita, pronunció las palabras mágicas y, tras una nube de humo, desapareció.

Claudicienta acudió rápidamente al espejo con la esperanza de ver, al menos, dos de

sus tres deseos cumplidos.

Cuál fue su sorpresa cuando observó que, en lugar de un vestido de ensueño, llevaba unos pantalones y en lugar de los zapatos de cristal, ¡calzaba unas Converse! Asimismo, al asomarse por la ventana, descubrió que en lugar de una carroza, le esperaba una preciosa moto negra.

Espera, espera.
¿De verdad pensabas que en el siglo XXI
íbamos a seguir con el cuento de siempre?

Claudicienta fue al baile en moto y, como era de esperar, acaparó todas las miradas de los allí presentes. Sin embargo, no hizo falta llegar a media noche para darse cuenta de que aquello no era lo que tantas veces le habían contado cada noche al borde de su cama.

En menos de una hora se dio cuenta de que ese entorno no era el que ella quería en su vida. Ese apuesto príncipe no era ni tan apuesto ni tan príncipe: no paraba de hablar de caza y pesca, miraba en todos los espejos su esculpido cuerpo y, para colmo, se oponía abiertamente a la reforma laboral y la conciliación familiar. Aquel mundo de vestidos pomposos le parecía muy aburrido y, por encima de todo, la idea de demostrar a un hombre cuánto valía se le antojaba demasiado obsoleta a estas alturas de su vida.

Antes de medianoche, Claudicienta ya tenía hecha la maleta para irse lejos de esa historia y dejarse de tanto cuento.

Fin de la historia…

o principio de ella.

QUE NO TE CUENTEN CUENTOS:
LA HISTORIA DE TU VIDA LA ESCRIBES TÚ.

QUE NO TE CUENTEN CUENTOS:
LA HISTORIA DE TU VIDA LA ESCRIBES TÚ.

Crecemos escuchando numerosos cuentos y leyendas que hacen volar nuestra imaginación y nos permiten sentirnos protagonistas de cada una de las historias que nos cuentan una y otra vez.

Las hemos escuchado en tantas ocasiones que resulta difícil aparcar esos personajes encantados que nos sumergían en mundos imaginarios para poder protagonizar nuestra vida y aterrizar en nuestra auténtica realidad.

Y es que, aunque vayamos sumando años, una parte de esa niña o niño siempre permanecerá dentro de nosotros.

Sin embargo, se nos olvida.

Se nos olvida que, a pesar de haber escuchado bellas historias de amor con finales felices o intrépidas aventuras de piratas con desenlaces emocionantes, la vida va de otra cosa.

Se nos olvida que, en la vida real, uno puede elegir de qué tipo de príncipe o princesa enamorarse, qué zapato calzar, el guion que desea seguir, las líneas del cuento que se le antoja saltarse y, por supuesto, qué final quiere para la historia de su vida.

Tienes derecho a cambiar y reescribir tu historia.

Siempre y en todo momento.

Y, colorín colorado, este cuento de siempre por fin se ha acabado.

AGRADECIMIENTOS

CUENTOS PARA REPARAR ALAS ROTAS
¡Y VOLAR MUY ALTO!

Existe un hilo que cose cualquier herida emocional:
el agradecimiento.

Agradecer es la clave para vivir en el presente, lo que nos
permite ser más conscientes de nuestra realidad y valorar momentos, situaciones y
relaciones que han contribuido a ser aquello que somos a día de hoy.

La gratitud es una caricia potenciadora de felicidad y, de alguna manera, nos envía un
bonito mensaje de que somos importantes por algo y para alguien.

Agradecer sienta bien a uno mismo, a los demás y al mundo.

Ahora, más que nunca, **G R A C I A S.**

A todos aquellos que desde el principio confiasteis en nosotras.

A todos aquellos que nos habéis acompañado en el camino.
A todos aquellos que valoráis y creéis en nuestro trabajo.

Y, por supuesto, gracias a nuestra familia:
a la de sangre y a la elegida.

G R A C I A S por tanto.
G R A C I A S siempre.

Nekane&Virginia

Ahora comienza
el principio de tu **historia**.

Vívela en primera persona.
Hazla **inolvidable**.

Llega la segunda parte de *Cuentos para crecer por dentro*, para niños sabios y mayores con almas de niño.

Hay veces que solo necesitamos desplegar nuestras alas, y disfrutar de la altura;

Otras, en cambio, necesitamos darnos un tiempo para retomar el vuelo.

Esta colección de cuentos originales e ilustrados harán volar tu imaginación, te regalarán cielo y harán que sientas que tus alas crecen.

Porque tan importante es aprender a volar alto como saber cuidarse para todos los vuelos que la vida te depare.

Un nuevo libro de las autoras de *Cuentos para crecer por dentro*, para niños sabios y mayores con alma de niño.

Virginia y **Nekane** forman el proyecto Reparando Alas Rotas, un proyecto de divulgación de Inteligencia Emocional.

Desde su formación como Psicopedagogía y Antropología, y sus especializaciones en Salud Mental, Inteligencia Emocional, Terapia Infanto-Juvenil, y Psicología aplicada, están más que preparadas para explicarnos los cuentos que harán que veamos la vida con otros ojos.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Nekane González y Virginia Gonzalo
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2019, Alberto Arrayás, por las ilustraciones
© 2019, Roy Galán, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez
Ilustración de portada: Alberto Arrayás

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17605-20-9

Conversión a formato digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás recomendaciones de lecturas personalizadas.

Visita:
ebooks.megustaleer.club

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Índice

Cuentos para reparar alas rotas

Prólogo

Lecciones de vuelo

Un extraterrestre en la tierra

Pasar a limpio

El encanto de Violeta

La sombra

El alpinista

¡Y qué más da!

La reparadora de alas rotas

Una comarca mejorada

La condena de Ariadna

Una aventura entre hormigas

Pajaritas de papel

El mismo cuento de siempre, otra vez

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Virginia Gonzalo y Nekane González

Créditos

Índice

Cuentos para reparar alas rotas	2
Prólogo	7
Lecciones de vuelo	9
Un extraterrestre en la tierra	18
Pasar a limpio	27
El encanto de Violeta	34
La sombra	42
El alpinista	50
¡Y qué más da!	58
La reparadora de alas rotas	65
Una comarca mejorada	76
La condena de Ariadna	83
Una aventura entre hormigas	90
Pajaritas de papel	97
El mismo cuento de siempre, otra vez	104
Agradecimientos	111
Sobre este libro	114
Sobre Virginia Gonzalo y Nekane González	115
Créditos	116